

FBI

JOHN A. LAKEWOOD
el déspota



FBI



R

© John A. Lakewood
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 16.040-1968

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

JOHN A. LAKEWOOD

El déspota

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de John A. Lakewood publicadas
en nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

- Núm. 790.—¡Soy extraordinario!
» 795.—¿Por qué?
» 801.—Una fiera anda suelta.
» 806.—Sobre la ardiente arena.
» 824.—Yo, el gorila.

Colección LOS INTOCABLES:

- Núm. 13.—El ocaso de Al Capone.

Colección AGENTE FEDERAL:

- Núm. 19.—Contrabando humano.
» 28.—El hombre que volvió por su ca-
beza.

I

EDWARD Morelli estaba desconcertado, confuso. Sentía una sorda irritación contra todos. También contra sí mismo.

¿Por qué no le exigió la verdad al inspector Nicolae Griffin?

Sonrió con tristeza al formularse tal interrogante. ¡Exigirle! Eso deseaba su jefe para expulsarle del

F. B. I.

Aquel hombre imponía una disciplina férrea a sus colaboradores y no toleraba errores de nadie, pero muy en particular de quienes estaban en su lista negra.

Y Edward Morelli, él lo sabía, figuraba el primero en esa lista.

Aparcó el vehículo, descendiendo.

Al palpar el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo lateral de la americana, mil dólares exactamente en billetes de a diez, se dijo que aquel derroche era estúpido e incomprensible.

—Buenas noches, señor Morelli.

—¡Hola!

Sin más palabras, pasó junto al fornido portero del club, del que era propietario Philip Tuner, y anduvo por el enarenado paseo hasta los cinco escalones que enlazaban el jardín con la puerta principal, permanentemente cerrada.

Pulsó el timbre, se supo observado a través de la mirilla en forma de ojo de pez y pudo oír el descorrerse de un cerrojo interior.

—Buenas noches, señor Morelli.

Edward no respondió al segundo saludo, el mismo de todas las noches. Faltaba aún un tercero y se produjo al entrar en el lavabo. También guardó un silencio desdeñoso, hostil.

No le gustaron nunca los matones a sueldo y aquéllos lo eran. Y de la peor especie.

Soltó el agua del grifo mientras se miraba al espejo. Su transformación era absoluta. Las gruesas gafas de concha, el oscurecimiento de su tez y la pequeña barba puntiaguda le envejecían quince años. Su ropa oscura, de impecable corte, aumentaba tal impresión.

Siempre, al entrar y salir del club, un garito frecuentado por gente de dinero, realizaba tal visita.

Crearse hábitos fijos, pequeñas manías, confirmaba su personalidad de millonario, de rico hombre de negocios italiano, un imbécil más de los que se dejaban robar por los tahúres a sueldo de Philip Tuner.

Abandonó el lavabo y, despacio, con un cigarrillo entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda, se detuvo, como todas las noches, debajo del gran arco de medio punto que enlazaba el «hall» y los servicios con la sala de juego.

Pese a que su actitud era de absoluta indiferencia, sintió que una tremenda sensación de asco le invadía.

Allí se daban cita miembros de la alta sociedad americana. Magnates de las finanzas, de la industria y hasta de la política. Hombres duros, implacables, detrás de las mesas de sus despachos, capaces de provocar un conflicto laboral por negarse a una elevación de centavos a sus trabajadores, exigentes hasta el máximo con los horarios y la productividad y que cada noche, con una sonrisa más o menos desdeñosa y sincera, se dejaban sobre el tapete verde el sueldo mensual de una docena de sus obreros.

Políticos de los llamados insobornables, de los que adulaban a las masas en busca de votos, presentándose en los actos públicos con ropas baratas, de los que no vacilaban en afirmar que ellos procedían de las esferas más humildes y que vivían como tales, sólo pensando en el mejor servicio del país.

Señoras muy pagadas de sus apellidos, que no hubiesen dado la mano a un enfermo o un pordiosero para no contagiarse o ensuciarse y a las que seducía la charla de un jugador profesional, de un indeseable como el dueño del establecimiento.

No faltaban tampoco las mujeres bellas, la mayor parte a sueldo de Tuner, que pululaban por el gran salón a la caza de incautos o indecisos, arrastrándoles a las mesas de juego.

Pese a que nada era limpio allí, todo estaba dentro de la Ley. El

local había sido reconocido como un club al servicio de sus socios o de los amigos de éstos.

—¿Una copa, señor Morelli?

Edward giró la vista a la izquierda. Una muchacha alta, muy joven y bella, vestida provocativamente, le sonreía. En sus manos, dos vasos altos, de cristal tallado. Tomó uno.

—Gracias, Eva.

—Le serví su *whisky* preferido, señor Morelli.

¿Quién era aquella chica? ¿Una desdichada ambiciosa, a la caza de un marido rico? ¿Un engranaje más en la organización de Philip Tuner o su amiga íntima?

—Prescinde del tratamiento. Me haces viejo llamándome así.

—Como quiera.

—Tutéame también. Te lo ruego.

—No me será fácil. Es usted tan serio, que...

Edward, siempre en su papel, sonrió con frialdad.

—¿Te intimidó?

Ella, turbada, a su pesar, repuso:

—Sí.

—Inténtalo, al menos.

Hubo una breve pausa. Eva, tomando del brazo a Morelli, dijo:

—Lo intentaré. Tú no eres como los demás. Es rara la noche que no oigo media docena de proposiciones que no me gustan.

—¿Por qué sigues aquí? Puedes encontrar otro trabajo.

Ella sonrió, triste el gesto.

—No es tan fácil, señor... Edward.

Distribuidos estratégicamente en los laterales había confortables tresillos. Morelli y Eva se acomodaron en uno de ellos.

—Si necesitaras ayuda, pídemela. No te exigiré nada a cambio. Creo que mereces algo mejor que esto —la muchacha fue a decir algo y él la interrumpió—: Espera. No me confundas. No soy ni un buen samaritano ni tampoco aséptico a la belleza femenina. Todos me consideran un hombre de hierro y lo soy. Compró acero, no mujeres. Las que pasaron por mi vida lo hicieron sin que las enseñase un puñado de billetes, considerándome como a cualquier otro y no como a un magnate de la industria de mi país. En mi despacho no admito familiaridades. Fuera, me gusta que se me trate igual que a un ser humano. Vine a los Estados Unidos a dar una

serie de conferencias sobre el progreso industrial de Italia y también a concertar algunas operaciones de materias primas. Las noches, sin embargo, me pertenecen.

—El «New York Herald» publica hoy un reportaje sobre usted. ¿No lo ha visto?

—No. —Edward se irritó íntimamente. Nicolae Griffin seguía maneándole igual que a un muñeco—. ¿Qué dice?

—Que pasado mañana saldrá para San Francisco y que pronunciará conferencias en quince Estados. Hacen un gran elogio de su persona, aunque el reportero se queja de que se negase a recibirle.

—No me gustan los periodistas. No tuve tiempo de leer hoy todos los diarios.

—¿Quiere mi ejemplar?

Morelli miró con fijeza a la joven.

—¿Guardaste uno para ti? —no la dejó que respondiera—. Quédatelo, si te apetece.

Edward advirtió que la mujer deseaba decirle algo, sin atreverse. Hizo como si no se diera cuenta de sus titubeos y apuró de un sorbo el licor, depositando el vaso sobre la mesa de centro.

—¿Cuál es en realidad tu trabajo en esta casa, Eva?

—Entretener a los clientes y estimularles a que jueguen. ¡No vayas todavía a la mesa de los dados! Quiero... Necesito que me hagas un favor.

Con cara de palo, Morelli inquirió:

—¿Cuál? ¿Necesitas dinero?

—¡No se trata de eso! ¡Vete ahora mismo y no vuelvas más aquí!

—¿Por qué?

La interrogada se mordió los labios.

—¡No puedo decírtelo! ¡Debes hacerme caso! ¡Es un aviso! ¡Una súplica!

—¿Qué pensaría Philip Tuner si te oyera hablar así?

La réplica fue bronca, trémula.

—¡Me mataría!

Edward frunció el ceño, pensativo.

—Guardaré el secreto. Creo que...

—¡Calla, por favor!

Morelli miró frente a él. Un hombre alto, delgado, muy pálido,

de unos treinta años, se les aproximaba. Su gesto era de cinismo. Su sonrisa, forzada, una fea mueca.

—¿Les interrumpo?

Eva se puso en pie, con respeto y temor.

—Nada de eso, amigo Tuner. Le contaba a esta joven tan preciosas cosas de Italia, de Turín principalmente.

—Es un maravilloso país. Estuve en él dos años.

Mientras Tuner se deshacía en elogios sobre aquella tierra mediterránea, Morelli se dijo que aquel hombre no mintió, que en efecto, permaneció aquel tiempo fuera de los Estados Unidos, en Sicilia, pero en concepto de desterrado por sus implicaciones con la Mafia. Los buenos amigos de Philip, algunos de ellos asiduos al club, consiguieron su regreso. ¡Una gran conquista para América, la cuna de la libertad y la democracia!

Al finalizar el panegírico italiano, Morelli pensó que tales palabras hubiesen puesto enfermo al déspota que, a ciegas, le había lanzado a unas investigaciones cuyo alcance no era capaz de comprender aún, pese a tener la certeza de que cuantos se hallaban en aquel club merecían la cárcel o la horca.

Nicolás Griffin le odiaba, precisamente, a causa de su ascendencia italiana.

Apartó de su mente el recuerdo del inspector para centrarse en el examen de Philip. Había algo extraño, indefinible, en su actitud.

—Lleva muchas noches sin suerte, señor Morelli. Tal vez hoy le cambie la racha.

Edward hizo un mohín intraducible.

—Nunca paso de mi cupo. Juego más por entretenerme que por otra cosa.

—¡Mil dólares cada noche no es una suma despreciable!

—¡Bah! Carece de importancia. Hoy me marcharé pronto. Empiezo a aburrirme.

No era ése su propósito, pero se acordó de la petición que le hiciera la muchacha y quiso saber cómo reaccionaba su interlocutor. Le vio inquietarse.

—¿Permitirás tú que se aburra, Eva? ¡Dice poco en tu favor!

Había dureza en la voz del hombre. Morelli intervino:

—Por ella continúo viniendo. Sus dados no me interesan. ¡Yo no vivo del juego sino del acero! Ahí le aseguro que no repito jamás

una mala operación.

El joven agente federal advirtió un suspiro de alivio, mal reprimido, en el tahúr.

—No les interrumpo —dijo—. Les mandaré una botella de champaña para que se la tomen a mi salud.

Se alejó, más deprisa de lo que en él era habitual. Edward dijo a su acompañante:

—Tiene mucho interés en que me quede hoy. ¿Por qué?

—¡No puedo decírtelo!

Había desesperación en la femenina voz.

—¿Tanto le temes?

—Sí.

El monosílabo apenas si llegó a los oídos de Morelli. ¿Se acercaba el momento previsto por su jefe al enviarle allí?

—¡Vete ahora mismo o será tarde!

Las facciones de Edward se endurecieron, a su pesar.

—¡Ni te entiendo, ni me gustan los jeroglíficos! Me muevo a diario con datos tactos, con cifras y no con enigmas. Si excitas mi curiosidad me quedaré. Por otra parte, tú formas parte de este engranaje. ¿A qué tu interés?

Ella desvió sus ojos del que la preguntaba de forma tan directa. Repuso:

—Le advertí, señor Morelli. No lo olvide.

—¿Ya no me tuteas?

Eva negó con el gesto y la palabra.

—No. Me odiará dentro de unas horas. A mí y a todo esto.

Hizo un amplio gesto con los brazos, abarcando el salón.

El agente del

F. B. I.,

tuvo la certeza de que un grave peligro iba a amenazarle. La muchacha estaba asustada y no fingía.

Instintivamente apretó el brazo izquierdo contra su cuerpo. No sintió la presión consoladora de su Colt 38. Un rico hombre de negocios italiano no suele ir armado. Y él, allí, no era un agente federal sino un traficante en aceros, un especialista de la industria pesada.

Se sentía incómodo, desnudo, sin el revólver.

Quiso probar a la joven.

—Empecé de aprendiz en un taller de forja. Ni el salario ni el trato eran buenos. Fui mejorando de empresas hasta formar parte de un gran complejo de laminados. Mientras mis compañeros, al finalizar el trabajo, se iban con las chicas o a emborracharse, yo daba clases nocturnas, especializándome en técnica y economía. Apenas si el sueldo me bastaba para costearme los estudios y la pensión. Viví épocas como un sonámbulo, durmiendo unas pocas horas. Quería ser algo más que un obrero y afronté el problema con valor. ¡Los cobardes no prosperan jamás, se hunden en el anonimato!

Hizo una pausa. Esperaba un comentario, que no se produjo.

—No voy a contarte con detalle diez años de mi vida, los peores y los mejores también. Obtuve un préstamo y puse mi propio negocio. Las circunstancias me fueron favorables. Amplié el capital, creé una sociedad anónima... Ya disponía de dinero para automóviles y lujos, pero seguí con mis profesores y con mis jornadas laborales de diez y de doce horas. Estuve dos veces al borde de la ruina, pero al fin me impuse.

—¿Por qué me cuenta eso, señor Morelli?

—Quizá para decirte que nada que vale la pena se consigue con facilidad, para que reacciones antes de que sea tarde y no te mezcles en problemas con la Ley.

Eva inclinó la cabeza.

—No tengo más remedio.

—Si piensas así, efectivamente no lo tienes.

Mientras Edward contaba su falsa historia, pensaba que con algunas salvedades se parecía mucho a la de su vida. Su ingreso en el

F. B. I.,

fue un camino erizado de obstáculos. Ya en la Academia, el inspector Nicolae Griffin, entonces uno de sus profesores, procuró hacerle la vida imposible, obligarle a renunciar.

Cualquier otro hubiera tirado la esponja. Morelli no. Era un hombre duro, de carácter entero, de voluntad indomable.

El destino quiso, por si algo le faltara en sus amargas experiencias profesionales, que a los seis meses de hallarse en activo le destinaran a la plantilla de Nueva York, bajo las órdenes de Griffin.

Uno de los camareros puso dos copas sobre la mesa y una cubeta con una botella de champaña.

El taponazo sobresaltó a Eva. Sonó como un disparo en la distancia.

De nuevo solos. Edward comentó, burlón:

—Estás muy asustada. Te propongo un brindis.

La muchacha miró frente a ella. En uno de los rincones, observándoles, se hallaba Philip Tuner. Su rostro se iluminó con una sonrisa forzada.

—Como guste.

—No. Así no. Debes tutearme y llamarme Edward. De lo contrario, me acercaré a tu jefe para decirle que me voy porque tú no admites la menor familiaridad.

—¿Lo haría?

Vibraban las dos palabras. Morelli, al notar el tremendo pánico de Eva, se apresuró a tranquilizarla.

—¡Claro que no! Alegra la cara. Tuner nos somete a vigilancia. ¡No seas arisca! ¡Todavía no te hice ninguna proposición de las que te repugnan!

—¿Todavía?

—Careces de sentido del humor, pequeña. Levanta tu copa y chócala con la mía... Así... Mi brindis es por los valientes, por los que afrontan los problemas de cara sin importarles las consecuencias.

La mano de la mujer tembló tanto que el vino espumoso le cayó sobre el vestid.

—¡Qué torpe soy! Voy al lavabo a limpiarme antes de que se fije la mancha.

Edward la detuvo, asiéndola del brazo.

—Te regalaré los vestidos que quieras..., sin proposiciones. Tomemos otra copa. Esfuérzate en ser amiga mía.

—Como quieras.

—Así me gusta.

Bebieron. El agente del

F. B. I.,

interrogó, suave el tono:

—¿No te decides a ser valerosa, a confiarte a mí?

—¡Me es imposible!

Morelli sintió pena de la joven, abocada a un triste futuro.

—No te forzaré más. Llévame hasta la mesa de los dados.

—¡Márchate!

—Jugaré de todas formas. Demuéstrale a ese «gángster» vestido de señor que cumpliste bien tu trabajo. Me preocupas.

No era una frase vana. A lo largo de sus visitas al club, Edward llegó a tomar afecto a Eva Legrand. Le pareció distinta a las otras mujeres, más honesta, menos contaminada.

Se puso en pie y la mano de la joven se posó en su antebrazo. Él se la oprimió cariñosamente.

—No tiembles. ¿Tan malo es lo que me preparáis?

—Aún estás a tiempo —fue la respuesta, en un susurro—. Pretextas un dolor de cabeza, un quehacer urgente, cualquier cosa.

—¡No!

La negativa sonó como un trallazo en los oídos de la joven, quien le acompañó hasta una mesa de fieltro rojo.

—Regreso ahora mismo, Edward. Me ocuparé del vestido.

—Como gustes, cariño.

Tenía a Philip Tuner a su izquierda y por ello se manifestó con tanta cordialidad. Se sorprendió de que no le costara ningún trabajo. Él, un hombre duro, inflexible, ciego, piñón en el engranaje de la Ley, había vivido hasta entonces para su carrera, sin que las mujeres se cruzaran en su camino, salvo aquella vieja historia...

Hizo algunas tiradas, con resultados diversos. El corazón le dijo que la noche era la destinada «por la casa» para que ganase y así fue. Media hora más tarde sus mil dólares se habían multiplicado por siete. Tuvo la certeza de que los dados tenían sobrecarga a su favor.

A las dos de la madrugada, con catorce mil dólares largos en el bolsillo, se apartó de la mesa, dirigiéndose a Philip, que sonreía.

—Tuve suerte. Hice bien en no marcharme. Le agradezco el consejo.

Tuner no llegó a responder. Una voz agria, a su derecha, exclamó:

—Le vi cómo cambiaba los dados. ¡Es un tramposo!

Edward no pestañeó. Llegaba la provocación. ¿Con qué fines? ¿Con el de producir un escándalo y hacerle objeto de chantaje?

Sin volverse, imperturbable, dijo a Tuner:

—¿Sucedo esto siempre que alguien gana en su establecimiento?

—Le aseguro que nada tengo que ver. Yo me ocuparé de...

—De nada —le interrumpió Morelli—. ¡Tengo muchas horas de gimnasio! Si quiere líos, los tendrá.

Una mano le oprimió el hombro con fuerza, obligándole a girar.

—¡Mírame si no te da miedo, maldito tramposo!

El agente del

F. B. I.,

esforzándose en no dejarse arrastrar por la ira, contempló a un individuo de unos cincuenta años, con el rostro abotagado por toda clase de excesos.

—¡Pruebe lo que afirma! —exclamó.

—¡Ladrón!

La diestra del que le insultaba se movió sin rapidez, en un claro intento de agresión. Morelli, esquivando con facilidad el golpe, le asestó un feroz izquierdazo en la mandíbula que le hizo caer sobre la alfombra, donde quedó inmóvil.

Todo había sucedido con tal rapidez que nadie pudo intervenir. El juego se interrumpió y quienes se hallaban en el local presenciaron atónitos la breve lucha.

Edward fue a acercarse al que continuaba en el suelo, en forzada postura, pero Philip, interponiéndose, dijo en alta voz:

—¡No le mate! Haré que lo echen fuera. ¡No me gustan las peleas en el club!

Morelli se mordió los labios. Iba a interesarse por el estado del que le insultara, no a seguir golpeándole. Fue a responder, pero una mano se posó en su brazo.

—Ven dentro conmigo, por favor. Olvida este incidente.

Era Eva Legrand la que le hablaba. Siempre con el deseo de hacer el juego a Tuner, repuso:

—Como quieras.

Philip ordenó a un camarero:

—Lleva otra botella de champaña al señor Morelli. Deseo que nos perdone lo ocurrido.

La muchacha le condujo a una coquetona salita interior, un pequeño «*living*».

La mujer se llevó los dedos a los labios, señalando a Morelli debajo de la mesa, a la par que musitaba:

—Hay un micro.

Las posiciones se aclaraban, pero el agente federal seguía sin ver cuáles eran los propósitos de Tuner.

Extrajo un puñado de billetes del bolsillo lateral del pantalón.

—Toma. Te prometí regalarte unos vestidos. Con esto podrás comprarlos.

—No, Edward. No es necesario.

—Acéptalo como un regalo. En definitiva, paga la casa. ¡Tú te mereces esto y mucho más, pequeña! Lamento haberme dejado arrastrar a una pelea absurda. Puede convertirse en un escándalo que no beneficiará mi estancia oficial en los Estados Unidos.

—Tuner se ocupará de que no trascienda.

—Así es, Eva —dijo una voz desde la puerta—. Los muchachos llevarán a su domicilio a Dimas Stern.

—¿Quién es ese individuo?

—Un médico que se ha arruinado en unos años. Hay quien dice que se droga.

—No me extrañaría.

—No recobró el conocimiento. Mañana, cuando despierte, se arrepentirá de haberle provocado. Debí negarle hace tiempo la entrada al club. ¡Aquí está el champaña! Yo lo descorcharé.

Lo hizo, sirviendo las copas que el camarero llevaba. Fue el primero en beber.

—¡Trae otra botella! ¡Ésta no tiene la temperatura adecuada! El champaña hay que servirlo frío, pero no helado. ¡Vamos! ¡Date prisa!

El camarero se apresuró a salir del cuarto, llevándose el servicio.

—Perdone este fallo, señor Morelli. ¿Qué son esos billetes que tienes en la mano, Eva?

—¡Un regalo mío! —intervino Edward—. ¿Hay inconveniente?

—Suyo es el dinero. Puede hacer con él lo que se le antoje y ella es libre de aceptarlo o no. Me preocupa el hombre al que golpeó. Parecía muy conmocionado. ¡Pega muy fuerte! ¿Cinturón negro de yudo?

Morelli lo era, pero...

—¿Qué le hace suponerlo?

—Vamos. No se haga el ingenuo. Lo leí en el reportaje de esta mañana. Es siempre bueno saber luchar, aunque a veces uno se

excede. Debió despreciarle. Estaba bebido.

—Sí. En eso tiene razón. Ya no hay remedio.

—No. No lo hay. Lo sucedido es irremediable. ¡Pobre Stern! En el fondo sentí siempre lástima por él. Enhorabuena por tu amistad con el señor Morelli, Eva.

—¡Amistad limpia! —exclamó la muchacha.

—¡Claro! No insinué lo contrario. En definitiva, y eso lo dice también el periódico, es soltero. Tú también, según creo.

—Así es.

—Entonces... No entiendo por qué te enojas conmigo. Veamos si la botella está en su punto. Es la tercera que descorcha en menos de treinta minutos, señor Morelli. Debí preguntarle. Tal vez prefiera *whisky*.

El cerebro de Edward trabajaba con rapidez.

—Está bien el champaña ahora.

—Prepare otra —indicó al camarero—. Le llamaré cuando acabemos con ésta. ¿Brindamos por sus ganancias? ¿Muchos dólares?

—Cerca de quince mil.

—No es mala suma para una racha de suerte. ¡Estaba harto de verle perder!

—Gracias por sus buenos deseos.

El joven agente federal, envejecido por su caracterización de rico negociante italiano, permanecía a la expectativa en la certeza de que la encerrona que le preparaban no había hecho más que empezar.

¿Qué pretendía Philip Tuner?

—Brindemos por la memoria de Dimas Stern, ese pobre diablo.

Morelli iba a replicar con violencia. No lo hizo. Una idea absurda acababa de asaltarle.

Bebieron los tres.

—¿A qué hora sale pasado mañana a dar su conferencia en San Francisco?

—No está decidido aún.

—Lo hará por avión, claro.

—Sí. Desde luego.

—Es el medio más cómodo y rápido de viajar.

Tuner se extendió en consideraciones sobre la distancia que

separaba la costa atlántica de Nueva York, sobre la seguridad de los «*Jet*», en un monólogo absurdo.

Edward volvió a preguntarse cuál era el juego de aquel hombre y fijó unos segundos su mirada en Eva, cada vez más inquieta. ¿Qué iba a suceder?

El dueño del club, torpemente, dejó caer la botella al suelo, derramándose su contenido. Pidió otra, ordenando que preparasen una más.

—Cinco botellas no es mucho para un hombre de su resistencia, señor Morelli. ¿Le serviste su *whisky* favorito al entrar, Eva? ¿Doble?

—Sí.

La afirmación sonó ronca, deshumanizada.

—Guárdate ese dinero. Es mucho lo que acaba de darte. Yo lo gastaré mañana mismo.

—¿Por qué?

—¡Era un tonto comentario! El «*champagne*» me hace efecto. ¡No sé cómo el señor Morelli puede sostenerse en pie!

La frase, intencionada, absurda, puesto que Edward sólo tomó tres copas en la noche, previno más al agente federal, quien encendió un cigarrillo como si no hubiera escuchado a Philip.

Apenas lo hubo hecho, entraron dos de los gorilas a sueldo de Tuner, tensos los rostros.

—¿Qué ocurre? ¡No me gusta que se me interrumpa cuando bebo con el mejor de mis clientes!

—La cosa es seria, jefe. ¡Dimas Stern está muerto! ¡El golpe del señor Morelli acabó con él! Le dejamos en su cama, extrañándonos de su inmovilidad. Apoyé la mano en el corazón y no latía.

Todo lo había esperado Edward menos eso. Se puso en pie con violencia.

—¡Es falso!

—Puede comprobarlo si lo desea. No mentimos.

—¡Salid! —ordenó Tuner—. ¡Ni una palabra a nadie! ¡Os va la piel en ello!

—No hablaremos, jefe.

—¡Hay que proteger a cualquier costa al señor Morelli! ¡Esperad fuera mis instrucciones!

De nuevo solos los dos hombres y la mujer, el silencio fue largo,

interminable.

—¡No le pegué tan fuerte como para matarle! —masculó Edward.

—A un individuo normal, quizá no; pero Dimas Stern se drogaba. ¡Un feo y desagradable asunto! Tome otra copa. La necesita.

—¡Iré a comprobar esa muerte!

—No le conviene hacerlo. Si le ven entrar en donde está el cadáver, será una prueba más contra usted. De todas formas, es libre de hacer lo que se le antoje.

Una terrible duda atenazó el corazón de Morelli. ¿Por qué no pudo haber muerto aquel hombre a consecuencia del golpe?

¡No! ¡Todo formaba parte de la encerrona de la que quiso alejarle Eva Legrand!

Pero...

Bebió con avidez el «*champagne*» que Tuner le ofrecía.

Quizá aquello fuese el final de su carrera de federal y hasta de su condición de hombre libre.

Era posible que el déspota, su jefe, el inspector Nicolae Griffin, se aprovechara de aquella oportunidad para hundirle.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y una profunda turbación le hizo ver borroso a su alrededor.

¿Qué le ocurría?

El jamás se acobardó de nada. Detrás de aquello quizá hubiese...

No pudo completar el pensamiento. Notaba una sensación de ahogo en el pecho, un terrible dolor de cabeza, un mareo continuo.

Entornó los párpados, recostándose en el diván. ¡Un narcótico!

Fue su último pensamiento antes de hundirse en la inconsciencia...

II

TAMBALEANDOSE, llegó hasta el lavabo, en el que se chapuzó una y otra vez, mojándose las muñecas y la nuca con agua fría.

El escozor del rostro le hizo mirarse en el espejo. Pudo ver señales de moraduras en los pómulos y un leve corte en la ceja izquierda. El cristal izquierdo de sus gafas estaba roto.

Morelli se desnudó al ver la ducha. Actuaba mecánicamente, con un solo deseo acabar con el tremendo dolor de cabeza.

No lo consiguió por completo, pero ya pudo recordar, no sin esfuerzo, lo ocurrido la noche anterior.

«Dimas Stern está muerto. ¡El golpe del señor Morelli acabó con él!».

La frase, que se repetía en su cerebro, terminó de espabilarle.

—Un vaso de leche fría me sentará bien —dijo Edward en alta voz, por el deseo de oírse, por saber que no era víctima de una terrible pesadilla.

Salió del cuarto de baño, tomando el pasillo de la izquierda. Al darse cuenta de que no le llevaba a la cocina, sino a un despacho, comprendió de golpe que no se hallaba en su casa, sino en un domicilio desconocido.

¿Dónde?

Un retrato al óleo que adornaba una de las paredes del gabinete de trabajo le hizo comprender.

Frente a él, con una sonrisa estereotipada en el rostro, más joven que como le conociera en el club de Philip Tuner, estaba Dimas Stern, enfundado en una bata blanca.

¿Cómo fue a parar allí? ¿Qué le sucedió después de que sintiera tan profundos síntomas de embriaguez, sin apenas haber bebido, en

compañía de Tuner y de Eva Legrand?

El esfuerzo al que estaba sometiendo a su cabeza se tradujo en un nuevo mareo.

Necesitaba serenarse y...

No llegó a terminar la frase. Un timbre próximo le sobresaltó. No era el del teléfono, sino el de la puerta.

¿Quién llamaba?

No abriría. Se hallaba en un domicilio que no era el suyo y, además...

Registró la casa. En su dormitorio, sobre el lecho, pudo ver el cuerpo de un hombre. ¡Dimas Stern!

Le examinó detenidamente. ¡Muerto! Al advertir que en el rostro del cadáver había huellas de lucha, las comparó mentalmente con las suyas.

El timbre continuaba sonando con mayor insistencia. ¿Cómo justificar su permanencia allí?

La idea de huir le asaltó. ¡Huir como un cobarde o un criminal!

Su reloj marcaba las once y media de la mañana. A través del ventanal del dormitorio, que enlazaba con una pequeña terraza, más bien un balcón corrido, penetraba la luz de un día luminoso de sol.

No quedaba más que una solución: ponerse en contacto con el inspector Nicolae Griffin y jugar todas las cartas cara a la Ley.

Tenía la boca pastosa y en la cocina encontró un botellín de leche, que apuró de un sorbo.

Más dueño de sí, casi completamente restablecido, volvió al despacho de Stern y, sentándose en uno de los butacones del tresillo granate que en él había, pasó revista a la situación.

La cosa estaba clara. Era preciso que conservase la serenidad.

El que fuese se había cansado de llamar.

Edward Morelli buscó en sus bolsillos. De uno de ellos, arrugado, extrajo un paquete de tabaco. Fumó despacio, calmosamente, y una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

La verdad, intuida hasta entonces, se abrió paso en su cerebro. Supo que iba a pasar las horas más amargas de su existencia, que se hallaba sobre un polvorín a punto de estallar, que el fracaso significaría no sólo la pérdida de su carrera, sino, tal vez, la deshonra, la cárcel o el patíbulo.

¿Qué se esperaba que hiciese?

Miró el teléfono. No le usaría. Quizá estuviese intervenido.

Acabó el cigarro, encendiendo otro y un tercero después, indeciso, sin tomar ninguna iniciativa.

Por Dimas Stern nada podía hacerse.

Se abstrajo en sus pensamientos, ninguno grato, y le sobresaltó oír una voz que le era familiar a su espalda:

—¡Hola, señor Morelli! No le imaginé tan torpe como para continuar aquí.

Se volvió. Philip Tuner se hallaba en el acceso al despacho, en compañía de los dos hombres que aseguraron que el médico había muerto a consecuencia del golpe recibido en el club.

Edward, poniéndose en pie, les miró con fijeza.

—¿Cómo entraron?

—Las ganzúas obran milagros.

—¿Llamaron al timbre?

—No lo hicimos. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. No recuerdo nada de lo que sucedió anoche.

—Se lo diré. Eva, usted y yo bebimos con exceso. Tuvo una especie de mareo y al recobrarse de él abandonó el club, negándose a que le acompañara a casa. Le vi montar en su automóvil y ordené a John Dereck y a Tim Lewis, los dos que vienen conmigo, que le protegieran en el caso de que intentara hacer un disparate. Le siguieron, viéndole entrar aquí.

—¿Traspasé los muros? —ironizó Edward.

—La puerta estaba entornada. La dejamos nosotros intencionadamente para que algún vecino descubriera el cadáver —intervino John Dereck—. Creímos oportuno que ello se produjera mientras usted se hallaba en el club.

—Continúa, John.

El aludido hizo una breve pausa.

—Vimos cómo se ensañaba a golpes con el muerto. Estaba medio enloquecido y tuvimos que dejadle inconsciente. Esas moraduras de su rostro se las hicimos nosotros. Como el alboroto había sido grande nos apresuramos a marcharnos antes de que nos sorprendieran. Esta vez sí cerramos a nuestra espalda. ¡Ésta es la verdad!

Edward se mordió los labios, en un escuerzo por contenerse.

—¿Pretenden que la crea?

Dereck se encogió de hombros.

—¡Allá usted!

Philip Tuner, hasta entonces pensativo, intervino:

—Lo mejor será que nos larguemos antes de que nos cacen con el hambre. No quiero dejarle en la estacada, señor Morelli. Necesita que alguien le ayude a salir de este embrollo sin publicidad ni conocimiento de las autoridades. También puede llamar a la Policía. ¡Tiene que decidirse!

Ya lo estaba Edward, pero simuló dudar.

—No sé qué hacer... No lo sé.

—Le concedo un minuto de tiempo. Permanecer más tiempo junto a un hombre asesinado es peligroso, al menos para nosotros. Realice su gira por el país, termine de firmar los contratos con el Gobierno y márchese a Italia. Nadie le relacionará con este crimen.

—Fueron muchos los que presenciaron mi choque con Dimas Stern en el club. Apenas se publique la noticia de su muerte, no faltarán quienes acudan a la Policía para contarles lo que vieron.

—Haremos desaparecer el cadáver arrojándolo al Hudson. Si no hay cuerpo del delito no puede haber proceso. Nos llevaremos las maletas del médico cargadas con su ropa para que si alguien investiga la desaparición piense que salió de viaje.

Edward no quiso rendirse demasiado pronto ni pecar de ingenuo.

—¿Cómo pude venir aquí si ignoraba las señas de Stern? No le había visto jamás.

Tim Lewis, hasta entonces en silencio, avanzó un paso.

—Con nosotros no es necesario que haga comedia, señor Morelli. Somos sus amigos. Anoche, antes de marcharnos, me hice esa misma pregunta. Miré en el archivo del doctor y en él consta que le hizo una visita a los dos días de su llegada a Nueva York.

—¡Imposible!

—Véalo usted mismo.

Tim se dirigió a un mueble metálico y extrajo una cartulina, que mostró a Edward. Allí figuraba su nombre, la fecha de la consulta y la dolencia a consultar, una leve afección hepática. Estaba escrita a máquina.

—¡Les aseguro que yo no...!

—Pasó el plazo —intervino Tuner—. ¡Decídase! Usted es un hombre de acción que llegó desde la nada a uno de los puestos más altos de su país. Imagino que para conseguirlo no tuvo demasiados escrúpulos.

Morelli se dijo que la red había sido hábilmente tendida. Vio cómo Tim Lewis se guardaba la cartulina en el bolsillo.

—No creo en el altruismo de mis semejantes. ¿Qué va a pedirme a cambio, Philip?

—Eso, después. ¡Está en un atolladero! Salga primero de él y más tarde podrá pagarme.

—¿Con dinero?

—No. Con un favor que no le costará ningún trabajo.

Las pupilas de Edward se animaron.

—¡No me queda otro remedio que aceptar! Hay muchas cosas incomprensibles en este asunto. ¿Qué se propone hacer?

—Mis muchachos se encargarán de Dimas Stern. Esta noche le aguardo en el club. Allí charlaremos despacio. ¿Le parece?

—De acuerdo. Siempre fue mi norma salir con bien del problema de hoy y enfrentar a su tiempo los que puedan presentarse mañana.

Edward sonrió con cinismo y dureza al pronunciar tales palabras. Había llegado al final de la encerrona sin someterse con excesiva facilidad.

—Utilizaremos la escalera de servicio.

Los cuatro hombres, despreciando el montacargas, llegaron al amplio portal de la vivienda, separándose en la acera.

Sin sorpresa alguna (lo esperaba), Morelli vio su automóvil en un aparcamiento inmediato.

—¿Voy con usted? —le preguntó Philip.

—No es necesario.

—Hasta la noche. ¡No falte, Morelli!

Era la primera vez que Tuner le apeaba el tratamiento de «señor». En el recordatorio, además, había un leve matiz imperioso.

Edward invirtió apenas quince minutos en llegar al «Waldorf Astoria», donde ocupaba una «suite» de lujo en el piso primero. Dijo al galoneado portero:

—El coche tiene las llaves puestas. Guárdelo en el garaje.

Durante el trayecto, y mientras cruzaba el amplio «hall» para

tomar el ascensor, decidió no ponerse en comunicación con su jefe. Mientras pudiera guardaría el secreto.

El camarero del piso se apresuró a franquearle el acceso a sus habitaciones, advirtiéndole:

—Tiene una visita. Me indicó que usted le había autorizado a esperarle dentro. Es el señor...

—¿Nicolae Griffin?

—Exacto. No sé si hice bien o no.

—Procedió de forma correcta. Gracias.

La «suite» constaba de un amplio salón, un dormitorio y una terraza al exterior. Un hombre de unos cincuenta años fumaba un cigarro puro acomodado en uno de los sillones.

—Buenos días, inspector.

—Celebro verle, agente Morelli.

Como en él era costumbre, Nicolae le trataba oficialmente, sin ninguna familiaridad.

—Estuve de juerga en el club nocturno.

—¿De allí viene?

Era una pregunta directa, difícil de eludir.

—No.

—No se deje enredar por las faldas. Algunas chapas de federales volaron por culpa de las mujeres.

—¡Estimo su consejo! Estoy rendido y quisiera dormir. ¿Por qué vino a buscarme?

—Necesito un informe completo.

Edward se dejó caer en uno de los sillones.

—Bien. Le contaré...

—Informe por escrito —le interrumpió el inspector—. A partir de hoy lo hará diariamente. Temo que se acostumbre a la buena vida. Vine a recordarle que es usted un federal en misión de servicio.

No había ni un atisbo de cordialidad en la voz del inspector. Sus ojos escudriñaban a Morelli.

—Puedo anticiparle...

—Las palabras se pierden en el aire. Dentro de una hora le aguardo en Jefatura. ¿Qué hizo de las gafas?

Edward las extrajo, rotas, del bolsillo.

—Se partieron.

—Tiene dos pares más. Todo está previsto.

—¿También que no se me consulte a la hora de publicar un reportaje sobre mi persona?

—También. ¡Es mía la responsabilidad de lo que hacen mis hombres! Le traje un par de ejemplares para que los leyera. Sobre el «bureau» encontrará el texto de la conferencia que deberá pronunciar mañana en San Francisco. Saldrá en un avión después de comer, a las dos en punto de la tarde. Le acompañará un agente en calidad de nuevo secretario.

—¿Quién?

—¡Lo sabrá cuando le vea! ¡No quiero fallos ni errores! —Se puso en pie—. Le espero en el plazo previsto.

—Necesito treinta minutos más.

—De acuerdo. ¿Necesita algo?

Morelli, irritado, como le ocurría siempre que conversaba con su jefe, repuso:

—Sí.

—¿Qué es ello?

El agente del

F. B. I.,

poniéndose en pie, contestó con acritud:

—¡Que deje de odiarme, que me considere como a un ser humano, que se me informe de lo que se pretende de mí y de cuáles son las sospechas que pesan sobre Philip Tuner!

Al pronunciar la última frase, Edward se puso en pie, situándose cara a su superior, que le contempló sin pestañear.

—¡Aguardo su informe!

Fue a salir, pero Morelli le retuvo asiéndole del brazo derecho.

—¿Quiere decirme de una maldita vez lo que tiene en contra mía? ¿Por qué desea que fracase?

—¡Deseo que triunfe, y el Departamento no escatima medios para que lo consiga! Llevaba mucho tiempo quejándoseme de que no le daban más que casos sencillos, de rutina policíaca. Ahora le he puesto en la boca un hueso duro de roer. ¡Veremos si es capaz de digerirlo! Le repito la orden que le di. Encuentre algo en ese club que ponga, por muchos años, fuera de la circulación a Tuner.

—¿Por qué?

—En ese tugurio, se lo repito, se han arruinado hijos de personas

honorables, a las que hizo después chantaje. Las extorsiones son difíciles de probar, porque no colaboran ni aun siquiera las propias víctimas. Nos consta, por si eso fuera poco, que Philip interviene en numerosas operaciones delictivas. A usted le corresponde decirnos cuáles. Estoy seguro de que no me cree, pero le he lanzado a ciegas a un nido de escorpiones. Tan a ciegas que cualquier cosa que me diga me sorprenderá. Obedezco instrucciones de Washington. ¡Carta blanca en métodos y en dinero! ¡Se lo repito para que no se le olvide! ¡Suélteme y no vuelva a ponerme la mano encima!

Se miraron, retándose sin palabras. La fatiga excitaba la sensibilidad de Edward, que insistió:

—¡El que los italianos le tuvieran en un campo de concentración dos años durante la guerra no fue culpa mía! Mi padre murió de coronel de Aviación, jugándose el pellejo en el Pacífico. ¡Él y yo somos, por lo menos, tan americanos como usted! ¡Son tres generaciones en los Estados Unidos!

Frío como el hielo, el inspector inquirió:

—¿Terminó ya de contarme sus problemas familiares? ¡No me interesan sus juicios! Estimo que no debieron permitirle ingresar en el

F. B. I.;

pero ya que lo hicieron, pórtese con dignidad y no suplique amistades a quienes no quieren concedérselas. ¡No olvide qué le espero!

Sin más palabras, Nicolae Griffin abandonó la «suite». Si Morelli aguardaba oír un portazo, se equivocó. La puerta se cerró con suavidad.

Ya solo, se desvistió, tomando una nueva ducha. Después, en pijama, con la ayuda de una máquina de escribir portátil de fabricación italiana —el

F. B. I.,

cuidaba hasta el menor detalle—, comenzó a trabajar con rapidez. Al llegar a los últimos sucesos, coronados con el asesinato de Dimas Stern, dudó unos segundos, decidiéndose al fin.

No ocultaría a sus jefes la verdad, por comprometida que resultase. Juego limpio. Fidelidad en su actuación de agente federal. Integridad.

Al firmar, Edward se preguntó si no acababa de poner su rúbrica

al fracaso de su vida.

Después de cumplido con su deber, comenzó a vestirse. Al anudar la corbata en torno a su cuello pensó que otros hombres quizá hubiesen sido protagonistas a lo largo del tiempo de historias como la suya, sin el refrendo de la Ley. Pensó también que de haber ocultado lo de Dimas Stern en el informe su conducta hubiese sido la de un malhechor.

Sintió un profundo alivio. La verdad es la mayor virtud del hombre. Sin ella, todo su sistema moral se resquebraja.

Faltaban aún tres minutos para la hora prevista con Griffin cuando Morelli detuvo el automóvil en el aparcamiento privado. Descendió del vehículo y mostró la chapa a un agente que se acercaba para indicarle que aquel lugar era zona oficial y...

—Perdone.

Edward sonrió, íntimamente divertido. Aquel hombre le había visto muchas veces, aunque jamás cruzaron palabra. Era uno de los auxiliares adscritos al

F. B. I.

No le dio tampoco oportunidad para que le identificase, mostrándosele de frente. Su caracterización no era tan completa como para que las personas que le trataban no le reconocieran, aunque con dificultad, detrás de las nuevas gafas, que sustituían a las rotas, la barba recortada y la tez oscura.

Llamó con los nudillos a la puerta de un despacho, haciendo girar la hoja de madera antes de que nadie le autorizase a entrar.

—¡Hola! —dijo secamente.

Su agresividad, su hostilidad, nada siempre en presencia de Nicolae Griffin, al que acompañaba un desconocido.

—Éste es el agente Morelli, Edward Morelli, al que deberá servir de secretario.

El hombre se puso en pie con una sonrisa cordial en su rostro anguloso.

—Me alegro de conocerte, Morelli. Soy Arthur Maloney, recién salido de Quántico. Colaborar contigo será mi primer trabajo.

Edward se encaró con su jefe:

—Un veterano con experiencia, según veo.

—Interesaba alguien nuevo.

—Pudieron enviarlo de la plantilla de cualquier rincón del país

—comprendió de pronto que era cruel con Maloney—. Perdona, Arthur. No va nada contra ti. Ya te contaré cosas en su momento. ¡Me abruman las facilidades que me da el inspector!

Nicolae, algo pálido por la acusación que encerraban las palabras de Edward, dijo:

—¡Deme el informe! ¡No me gustan sus sarcasmos!

En tanto Griffin leía lo escrito, Morelli examinó a Arthur. Tendría veintiséis años, y en sus facciones se reflejaba la sinceridad, el valor, la nobleza.

Fue a decirle algo, pero prefirió guardar silencio. Extrajo la pitillera de plata, que formaba parte de su caracterización de rico hombre de negocios italiano.

—¿Fumas?

—Sí.

Se acomodaron en dos sillones, frente a Nicolae, mirándole en silencio.

Morelli, habituado a la frialdad de su jefe, se extrañó al advertir la excitación de su rostro una vez que hubo terminado la lectura.

—¡Van a complicarle en algún sucio asunto por medio del chantaje! ¡Es mucho más de lo que podíamos esperar!

—Eso parece. ¿Alguna objeción?

—Ninguna. Procedió correctamente. ¿Puede ampliarme algo con respecto a la muerte de Dimas Stern? ¿Se lo cargó usted?

Edward se dijo que muy conturbado tenía que encontrarse el inspector para reconocerle un acierto y también para utilizar aquel lenguaje. Repuso:

—Ignoro si me lo cargué o no, como dice. Para eso sería precisa la autopsia. ¿Cuál es su opinión?

—La que refleja el informe. Temo que esa autopsia no llegue a efectuarse, al menos con probabilidades de rigor científico. Si sepultan el cadáver en el Hudson quizá no le hallemos jamás. En el supuesto de que un día suba a la superficie, estará medio devorado por los peces.

—Me interesa una aclaración, jefe. ¿Sigo llevando yo la iniciativa?

—Sí. ¡Y la plena responsabilidad! No lo olvide. En este sobre —le entregó uno— van las instrucciones para su salida rumbo a San Francisco, su estancia allí y regreso a Nueva York. Iba a entregarle

dinero para gastos. Use sus ganancias de anoche. Por cierto, considero excesivamente generoso el regalo en dólares que le hizo a Eva Legrand.

—Un millonario italiano nunca es excesivamente generoso. No lo olvide.

La mirada de Griffin se posó, burlona, en Edward.

—Arthur Maloney fue el último de su promoción.

Morelli advirtió que el joven se mordía el labio inferior, sin duda para ahogar una dura réplica.

—Entonces será de los mejores. Los primeros puestos se los llevan siempre los que carecen de carácter y se someten como borregos a los profesores. No conocí a ningún número uno que no se hubiera agarrado como una lapa a cualquier politicastro. Lo que importa es llegar, Arthur, y demostrar que se vale. La doma de la Academia nos revienta a muchos. ¿Manda alguna cosa más?

Nicolae palideció hasta la raíz del cabello. Su voz sonó ronca, apenas audible:

—Nada. Puede marcharse. Maloney se quedará conmigo para recibir instrucciones.

—Adiós. ¡Ah, Arthur! Olvidaba decirte que nuestro jefe, el inspector Griffin, fue número uno de su promoción.

Ya fuera del despacho, Morelli no se sintió satisfecho de haber humillado al déspota. Le inquietaba aquella lucha constante en la que, estaba seguro, al final caería el más débil.

Y el más débil era él...

III

—**M**E niego, Tuner! ¡Me niego en redondo! ¡Con cadáver o sin cadáver, con escándalo o sin él! ¡No soy un muñeco al que un «gángster» pueda manejar a su antojo! O se me dice qué contienen esas dos maletas o se quedan en su despacho con todas las consecuencias. ¡Deje de acariciar de una maldita vez la culata de su automática! ¡Nunca me acobardaron los matones!

Edward, en pie en uno de los laterales del despacho, desafiaba con el gesto y la palabra al dueño del club, inmóvil detrás de su mesa de despacho, sentado en un sillón giratorio.

El diálogo se había desarrollado de la forma que Edward esperaba. Primero promesas de amistad.

Después, el recuerdo de la muerte de Dimas Stern. Por último, el ruego de que le llevase unas cosas sin importancia a San Francisco, habida cuenta de que nadie iba a molestar ni a examinar la valija de un enviado del Gobierno italiano.

—Si hablo, se verá envuelto en un proceso de escándalo. ¡Puedo enviarle a la silla eléctrica o a presidio por muchos años!

Morelli rió suavemente.

—¿Se quita ya la careta, Philip? ¡No ignoro que me tiene en su poder! ¡Eso no quiere decir que me convierta en un autómatas ni que le lama los zapatos! Necesito saber lo que me juego, en qué va a complicarme. Si se obstina en su silencio, ahí tiene el teléfono. Llame a la Policía. De peores situaciones he salido en mi vida. Pagaré a los mejores abogados de Nueva York y usted y los suyos no escaparán bien tampoco.

—Pero...

—¡Escúcheme, Tuner! Sé que ahora es el más fuerte, que puede arruinarme. También le debo gratitud en cierto sentido, aunque voy

a pagarle colaborando con usted el poco tiempo que permanezca en este país. Muéstreme sus cartas. Si lleva drogas, no cuente conmigo. ¡A ningún precio! Si se trata de otras cosas, ya no me importará tanto. ¡Soy un hombre de presa! No lo olvide. Muerdo incluso después de muerto.

Philip jugó varios minutos con un abrecartas metálico.

Edward supo que meditaba. No esperó encontrar tan fuerte resistencia.

—Voy a enunciarle mis pruebas. Le demostraré que no fanfarroneo, Morelli. ¡Le tengo en mis manos!

—Le escucho.

—Intentaré ser escueto. Dimas Stern le acusa públicamente de ladrón. Todos le ven caer cuando le golpea y quedar inmóvil. El puñetazo fue terrible. ¿Testigos? Los que desee y más. Pronuncié una frase para impedirle que se acercara a su víctima. «¡No le mate!», dije. Dos hombres sacaron al médico al exterior, comprobando que estaba muerto. Aunque tienen antecedentes, un fiscal se aferrará a ellos. Tim es muy aficionado a la fotografía. En el piso de Dimas Stern sacó varias placas. En ellas se le ve dormido, borracho diría un tribunal, junto al cadáver. Existe la ficha de la visita médica, que colocaremos en el archivo, y unas frases de usted grabadas por casualidad —¡qué feroz ironía en las palabras de Philip!— en donde se habla de cinco botellas de «*champagne*» y de su *whisky* favorito, además de otras alusiones que...

—Hay cosas que no puede oír el fiscal.

—Hice una regrabación de la cinta con lo que me interesaba. Un trabajo perfecto.

—¡Ya!

El monosílabo sonó igual que un pistoletazo. Tuner prosiguió:

—Eva Legrand carece de antecedentes. Declarará lo que yo la mande. Su odio a Dimas Stern después de la visita médica que le hizo... Inventaré una buena historia. Otro hombre a mis órdenes le fotografió saliendo de su casa, en el mismo portal. Para ello le dejamos pasar el primero. ¡Un signo de respeto!

El sarcasmo no alteró a Morelli.

—Sus huellas, además, se encuentran en todas partes. Las nuestras, no. Llevábamos guantes muy finos color carne. Apenas si se advierten.

Edward se reprochó no haberse fijado en tal detalle.

—Mis hombres utilizaron algunos objetos de Dimas Stern, como, por ejemplo, los contrapesos de las ventanas, un pequeño yunque de acero para batir metales en el laboratorio y otras cosas para hundir el cuerpo. Ellos y yo podremos indicar anónimamente a la Policía el lugar exacto de un rastreo. ¿Me explico, Morelli?

—Sí.

El agente del

F. B. I.,

se hallaba tenso. Necesitaba simular un temor que no sentía. También mantenerse firme en el sentido de no aceptar ningún trabajo sin que se le explicase qué era, única forma de infiltrarse en la organización criminal. Ceder y resistirse. Un duro dilema.

—No necesito decirle que tengo muchos amigos, algunos de ellos poderosos. Tampoco faltan personas sin escrúpulos capaces de afirmar lo que no es cierto.

Morelli, de forma teatral, unió ambas manos.

—¿Terminó ya de asustarme?

—¿No lo está acaso?

—Un poco. De todas formas, creo que no lloraré.

Philip le miró con fijeza.

—¿Por qué esa aversión a las drogas?

—¡Los que trafican con narcóticos son peores que gusanos! Matar es más digno.

—¿Como a Dimas Stern? —ironizó el «gángster».

—¡O por la espalda!

Tuner dejó la plegadera sobre la carpeta de cuero repujado. Tamborileó con los dedos sobre el tablero de la mesa, en claro signo de impaciencia.

—Esas maletas no llevan alcaloides. ¿Le basta?

—Si me tiene en sus manos, ¿por qué no confía en mí?

Dos preguntas en el aire. Tuner valoraba mentalmente a su forzado cómplice. Quiso buscar una fórmula conciliatoria.

—Usted será mi mensajero, en esta ocasión, a ciegas. Si vuelvo a utilizarle le informaré de lo que transporta.

—¿Qué voy a ganar con esto, además de su silencio? ¡Soy hombre de negocios!

—¿Le parece bien cien mil dólares a su marcha del país?

—Pongamos doscientos.

Philip sonrió.

—De acuerdo. No me queda otro remedio que aceptar — examinó las dos maletas. Eran de cuero negro, con sólidas cerraduras—. Parecen cajas de caudales.

—Quizá lo sean. Mañana se las llevará un mensajero al hotel.

—Bien. Voy a jugar un rato. ¿Puedo hacerlo con libertad o por culpa de Dimas Stern tengo que saltar junto a usted como una pulga amaestrada?

Sin aguardar respuesta, Edward abandonó el despacho para, a través de un corto pasillo, desembocar en el gran salón destinado al público. Vio a Eva Legrand en uno de los laterales conversando con un desconocido y no hizo por aproximársele.

Se acomodó en uno de los tresillos e hizo una seña a uno de los camareros, quien comprendió.

Muy valioso debía ser el cargamento que transportaba de Nueva York a San Francisco, de mucha importancia el negocio para que Tuner aceptara pagarle doscientos mil dólares sin discusión.

Exceptuando las drogas, sólo el espionaje podía justificar tal generosidad. El espionaje o...

No completó la idea. Eva se había detenido frente a él y le miraba con timidez.

—¿Te estorbo?

Grave el rostro, siempre en su papel de hombre acorralado, Morelli repuso:

—Siéntate conmigo si quieres y te dejan.

—¿Por qué no habían de permitírmelo?

—Tu trabajo ya terminó. ¿Por qué no me advertiste...?

—Te rogué que te fueses. Era más de lo que podía hacer.

—¿También te tiene en sus manos?

—Sí.

Edward, que deseaba llegar al más amplio conocimiento de lo que pudiera relacionarse con Tuner, inquirió, una vez que ella se hubo acomodado:

—¿Por asesinato? ¿Por robo?

—Algo peor. ¡Yo era quien facilitaba las drogas a Dimas Stern! Me sacaron fotografías entregándoselas y, además, el médico, un juguete en manos de Philip, hizo una declaración escrita en tal

sentido.

Una sorda cólera comenzó a invadir a Morelli. Aquella muchacha le recordaba a Sarah Burnett, la única mujer que había cruzado por su vida y a la que amó desesperadamente.

Él entonces no era nadie. Se preparaba para su ingreso en el F. B. I.,

simultaneando sus estudios con toda clase de trabajos, desde camarero en un tugurio de Harlem hasta vendedor de periódicos. La pensión de su padre fue a parar íntegra a su madrastra, con la que nunca tuvo buenas relaciones.

Aquel noviazgo terminó bruscamente. Una tarde la muchacha le dijo que tenía graves dificultades en su casa, que su padre, del que nunca quiso hablarle, no autorizaba su noviazgo.

Ella era menor de edad...

—¿En qué piensas, Edward? ¡Estás a muchas millas de aquí!

La voz le sobresaltó.

El vaso con *whisky* se hallaba en la mesa de centro, al alcance de su mano. No sintió la proximidad del camarero, que se alejaba.

—En Italia, en cómo mi vida se ha complicado estúpidamente, en que maldita fue la hora que pisé este tugurio y...

—¿Y me conociste?

—Sí.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Te dejo solo.

Hizo ademán de incorporarse, pero Edward se lo impidió.

—¡Espera! No te guardo rencor. Eres, como yo, una víctima. Temo que me he enamorado de ti...

No le costó trabajo a Morelli pronunciar la frase. En su cerebro se agigantó la duda. ¿Era cierto?

—¡Edward!

El hizo un gesto intraducible.

—Olvida lo que te he dicho. No estamos en condiciones de pensar en nosotros, sino en la forma de que la Justicia no se nos eche encima. ¡Eres muy hermosa, Eva!

La sinceridad de Morelli era absoluta. La joven poseía un rostro proporcionado, juvenil, y una figura excepcional.

—Salgamos un rato fuera, si no te importa. ¡Me ahogan estas paredes!

—Como quieras.

Ella se colgó del brazo de Edward. Caminaban hacia la salida cuando el instinto previno al agente del

F. B. I.,

de que algo anormal ocurría. Oyó un ruido en el vestíbulo, como el de un cuerpo al caer, y cinco hombres aparecieron en el arco de medio punto. Todos llevaban los rostros cubiertos por pañuelos y metralletas.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva!

Del fondo de la sala surgió un disparo de pistola y uno de los asaltantes se desplomó, soltando el arma y llevándose las manos al pecho.

Morelli, con la rapidez de un hombre de acción, arrastró a la muchacha a uno de los laterales, empujándola. Cayó encima de ella, cubriéndola con su cuerpo, en el preciso instante que las armas automáticas entonaban su himno de muerte.

Se apagaron las luces. Los fogonazos rasgaban las sombras, igual que fuegos fatuos.

—¡Quieta, Eva! ¡No te muevas!

¿Se trataba de una lucha de bandas rivales por el control de una zona de la ciudad? ¿Acaso los desconocidos pretendían apoderarse de las dos maletas que iba a transportar a San Francisco?

—¡Nos matarán a todos!

Vibraba de pánico la voz de la mujer. Él musitó en su oído:

—No ocurrirá nada. Fracasó el ataque. Los gorilas de Tuner intervinieron con valor y rapidez. Los disparos van espaciándose.

A los gritos iniciales de pánico de los que se hallaban en el local había sucedido un hondo silencio, sólo roto por el restallar de las detonaciones.

Cuando éstas cesaron por completo, nadie se movió.

—¡Quieta aún!

Edward notaba, muy cerca del suyo, el femenino cuerpo, cálido, turgente. Se sintió invadido de honda ternura. En tinieblas, buscó los femeninos labios.

El beso fue largo, interminable.

—¡Querida!

—¡Me haces muy feliz!

Las luces se encendieron de pronto. Morelli, desde su refugio,

advirtió que los asaltantes se habían retirado, llevándose a su compañero muerto o herido. Varios de los hombres a sueldo de Tuner, entre ellos Tim Lewis y John Dereck, empuñaban aún las pistolas.

Philip, con una automática en la diestra, hizo una seña a sus incondicionales, quienes se dirigieron hacia el exterior, desde donde, a poco, le hicieron una seña.

—No ha ocurrido nada. Sin duda, se trataba de malhechores a sueldo que quisieron robarles y robarme. Por fortuna, supimos defendernos.

Dos señoras se habían desmayado; pero, providencialmente, y merced al apagón de la luz, los proyectiles se perdieron, inofensivos, en lo alto, fracasada la sorpresa.

Por las huellas de las balas, Edward comprendió que aquello era la materialización de una amenaza o un fracasado intento de robo. Las metralletas tiraron de tal forma que ningún desconchón de la pared estaba a menos de tres metros del suelo. Los agresores, por razones que ignoraba, no quisieron producir bajas.

Los asiduos al club cambiaban comentarios en corrillos. Tuner volvió, a hablar.

—Les rogaría que si la Metropolitana no se presenta guardaran el secreto. Las autoridades, con sus investigaciones, quizá cerrasen el club por una temporada. De todas formas, obren como se les antoje. Estamos aislados del centro de la ciudad, con un gran jardín que nos rodea, y quizá no se hayan escuchado fuera las detonaciones. ¡Jueguen de nuevo! En lo sucesivo tendré hombres de vigilancia para que no vuelvan a sorprendernos.

Edward, ya en pie junto a Eva, se dijo que de haberse adelantado sólo un minuto en la salida al parque aquellos individuos les habrían sorprendido en el «*hall*» y quizá dado muerte. Se aproximó a Philip.

—¿Quiénes fueron?

—Los hombres de Bob Menzel. Sabe que encontré algo bueno y quiere meterle el diente. Ayer habló conmigo por teléfono preguntándome por un alemán, antiguo jefe nazi. Cree que yo le tengo.

—¿Y es cierto?

—Tal vez. ¿Qué ocurrió fuera, Tim?

—Apuñalaron al que vigilaba. Sin duda utilizaron algún truco para que abriese. Dereck cubrirá su puesto. Yo, con dos muchachos, haré desaparecer el cadáver.

Morelli miró a Lewis con descaro.

—Veo que es un especialista en esos menesteres.

—Si se refiere a Dimas Stern, ya no debe preocuparse.

—¡Ahora es cuando más me preocupa!

Edward pronunció la frase vuelto a Philip, que sonrió con superioridad.

—Voy a ocuparme de las señoras que se desmayaron. ¡Ah! Antes me olvidé advertirle. En las maletas hay varios dispositivos que yo sólo conozco. Si alguien intenta abrirlas, estallarían.

—¡Precaución innecesaria!

—Celebraré que así sea.

El agente del

F. B. I.,

dio media vuelta para reunirse con Eva. En el breve trayecto, apenas diez metros, se dijo que su enemigo era astuto. Él pensó investigar dentro de las valijas si se las entregaban con tiempo suficiente.

Quizá Tuner no dijo la verdad. Sin embargo, el riesgo era demasiado grande para afrontarlo.

«Un alemán, un antiguo jefe nazi».

—¿Otra vez a mil millas? —Se rehízo.

—Me ocurre siempre que hablo con Philip. ¡Me preocupa! ¡Temo que va a exigirme que me comprometa en exceso!

—Lo hará si le conviene. ¡Carece de conciencia!

—¿Le odias?

—¡Con toda mi alma!

—¡Yo también! Salgamos.

La tomó del brazo, sintiéndola estremecerse.

John Dereck les franqueó la puerta, con una sonrisa cínica bailándole en los labios. Antes de cerrar comentó, burlón:

—Límpiese la boca, Morelli. ¡Los carmines dejan huella!

Edward fue a volverse con violencia. La muchacha le oprimió del brazo, recomendándole calma.

Fuera, la temperatura era tibia. La luna, que brillaba en un cielo sin nubes, salpicaba la tierra de luces y sombras, según la brisa

moviera las ramas de los árboles.

Anduvieron unos metros en silencio, internándose por entre unos altos setos.

Eva Legrand sofocó un grito. La diestra del agente federal voló a la sobaquera, en busca de un inexistente arma, a la par que inquiría:

—¿Qué ocurre?

—¡He pisado algo! ¡Parecía una mano!

—¡Aparta!

Morelli se inclinó, seguro ya de lo que iba a encontrar. No se equivocó.

En el suelo, muerto, uno de los asaltantes del club.

Los dedos de Edward se movieron con rapidez, apoderándose de la cartera del cadáver, que abrió en busca de una identificación. Anotó su nombre en la memoria, merced al carnet de conducir, así como su domicilio. Después la puso de nuevo en el bolsillo interior de la americana.

—Avisa a Tuner. ¡Esto puede traernos complicaciones! Si se abre una investigación a fondo, tú y yo nos hallábamos dentro. A mí personalmente no me beneficiará. Esperó a que vengáis.

La muchacha se apresuró a obedecer, sin formular una sola pregunta. Una vez solo, Edward reanudó el registro, sin hallar nada que mereciera la pena.

Arrastrando unos metros el cuerpo para que la luna le iluminase de lleno, pudo ver a un individuo de unos cuarenta años, de rostro ancho, brutal.

¿Por qué el crimen marca hasta físicamente a las personas?

¡Earl Ubell! Un pandillero de Bob Menzel. Aquel individuo era un viejo conocido del Federal Bureau of Investigaron, aunque nunca pudo probarsele nada.

Fue procesado varias veces por delitos de competencia de la Metropolitana, pero siempre logró zafarse. Los testigos, si los hubo, declararon siempre a su favor.

Bob Menzel era un pequeño reyezuelo del mundo sórdido del hampa. ¿Por qué se interesaba por un antiguo jefe nazi? El cadáver de Earl Ubell probaba intervención en el caso.

No pudo contestarse a la pregunta. Philip, Dereck y Eva se aproximaban. El primero examinó al muerto con indiferencia.

—Le vi alguna vez. Gracias por avisarme, Morelli.

El aludió, diciéndose que era buena presumir de ingenuo, de hombre poco hecho a la vida criminal, repuso:

—Pensé también en mí. Quizá sus enemigos, para comprometerle, llamen a la Policía denunciando el sitio en el que dejaron el cadáver. ¡No quiero verme envuelto en una investigación!

Edward supo dar un leve matiz de pánico a sus últimas palabras, lo que agradó a Tuner.

—No se preocupe. Nos desharemos del cuerpo sin publicidad.

—¿Vino Earl Ubell por esas maletas?

—No lo creo. Es un secreto bien guardado. ¡No hable con nadie de eso o le pesará! ¿Entendido?

—Callaré por la cuenta que me tiene, Philip. No comprendo para qué se arriesgaron.

—Bob Menzel, enviándome a uno de sus asesinos, quiso darme a entender que sus últimas amenazas no eran simples palabras; que estaba dispuesto a desencadenar una guerra.

—¿Por qué?

Tuner, como si no hubiese oído la pregunta, se volvió a su cómplice:

—Ocupate de él, John. Serán dos hombres en vez de uno. ¡Hazlo pronto, antes de que amanezca! —Miró a Edward y a Eva—. ¿Volvemos dentro? El romántico paseo se ha frustrado.

—No —opuso Morelli—. Iremos por el otro extremo. Yo, por mi parte, necesito meditar.

—¡Ella le acompañará!

Era una orden, no una invitación. Edward dijo:

—Si lo desea, no me opongo.

La réplica de Philip fue brutal:

—¡Usted no puede oponerse a nada de lo que yo le mande! ¡No lo olvide! ¡Es mucho lo que me juego para andar con diplomacias!

De nuevo, Edward sintió en su brazo la presión de los femeninos dedos, recomendándole calma. Por otra parte, hubiese callado del mismo modo. Temía haberse excedido en firmeza en el despacho, en su conversación anterior. Fue necesaria, sin embargo, para conseguir la promesa de que el siguiente trabajo que se le encargase no le haría a ciegas, sino informándole de qué se trataba.

El hecho de que le creyera sometido podía facilitar sus

investigaciones.

Crispó las mandíbulas al oír un burlón comentario de John Dereck:

—Progresas la doma, jefe. Te felicito. Ya te dije que no era tan duro como parecía. Todos empiezan gritando y se vuelven cera al final. No es la primera vez que nos ocurre.

Las últimas palabras las oyó Morelli vuelto de espaldas. Por eso ni Tuner ni el que las formulaba pudieron ver la crispación de su rostro, su gesto de ferocidad...

IV

EDWARD, imperturbable en apariencia, experimentaba una profunda ansiedad mientras el reactor surcaba el aire con meteórica rapidez, a más de cinco mil metros de altura.

Con el pretexto de apoderarse de la cartera de documentos que llevaba en la alta abertura para equipajes, se puso en pie.

Era un viajero más en un vuelo normal Nueva York-San

Francisco de California. En el pasaje no faltaba ni el nuevo matrimonio que se proponía estrenar su amor en las cálidas zonas atlánticas, ni los hombres en viaje de negocios, abocados tarde o temprano a un infarto de miocardio; ni las familias preocupadas porque los niños se mantuvieran quietos.

En un lateral, al fondo, cerca de los lavabos, Philip Tuner y sus guarda espaldas John Dereck y Tim Lewis.

¿Por qué se sorprendió al verles subir al avión? Era lógico que viajaran con su valiosa mercancía.

A la izquierda de Morelli, Arthur Maloney dormitaba.

Le envidió sinceramente.

Edward sabía, porque así se lo manifestó por teléfono el inspector Griffin, que a lo largo del vuelo un miembro de los servicios especiales del

F. B. I.,

especialista en explosivos, iba a abrir las dos maletas. El agente figuraba como mecánico en el reactor y Morelli acababa de verle pasar hacia el departamento de cola, por donde se descendía al enorme vientre del aparato.

Un fallo quizá ocasionase una catástrofe.

Aun en el supuesto de que el trabajo de aquel hombre fuese

perfecto en lo técnico, Edward temía que dejara huellas de su registro, que al ser abiertas por el destinatario en San Francisco, en presencia de Tuner, comprobaran que el secreto de su contenido ya no era tal. Eso significaría el fracaso de todos los planes.

¿Cuándo conocería la respuesta a su último informe, en el que formulaba una serie de preguntas de vital importancia al déspota de su jefe? Tales datos le eran imprescindibles para no seguir moviéndose en tinieblas, sobre hipótesis.

Pensó en Eva Legrand, en las últimas horas pasadas con aquella mujer. ¿La amaba en realidad o sólo sentía pena por ella y una atracción física, puramente animal?

—¿Un cigarrillo?

Le sobresaltó oír la voz de Maloney, quien le mostraba la pitillera abierta.

—¡Vaya! —bromeó—. ¿Te desperté sin advertirlo?

—Estaba rendido. Nicolae Griffin me soltó media hora antes de dirigirme al aeropuerto. ¿Me odiarás si te digo que el inspector es un hombre fabuloso, un profesional íntegro y capaz como pocos?

Morelli, a su pesar, ironizó:

—Es posible. ¡Te veo en el camino de los ascensos, Arthur! Procuraré congraciarme contigo para el futuro.

—¿Por qué vuestro mutuo encono?

—No lo sé. Me limito a pagarle en su moneda. ¡Es un déspota! ¿Tienes algo que decirme?

—Más tarde. ¿Te sorprenderá una noticia?

—Depende.

—Griffin te admira. He podido apreciarlo.

Edward contempló con fijeza a su compañero federal.

—¿Eres un buen diplomático o un ingenuo?

—Ninguna de las dos cosas. No es un hombre cómodo y admito que le cuesta reconocer el acierto de lo que has hecho hasta ahora; pero... temo que es inútil que te hable con elogio de él. Los dos padecéis manía persecutoria.

Morelli se creyó en la obligación de ser mordaz.

—¿Te enseñaron eso los que te calificaron el último de la promoción?

—Eso y otras cosas que quizá tengas ocasión de advertir en un futuro —fue la seca respuesta—. Sé cuál es el camino para ganar tu

amistad y no pienso utilizarlo.

—¿Cuál es ese camino?

—Hablarte mal de Griffin. Dejémoslo. Te noto nervioso.

—Temo que esas maletas estallen.

—¿Creíste la historia de Philip Tuner?

Edward miró con fijeza al joven.

—Desde que trato a indeseables como el dueño del club no dudo ni de que alguien pretenda poner paz en el Vietnam, que es lo más absurdo que se me ocurre. Lo cierto es que tu genio particular, Nicolae Griffin, se saltó a la torera mi criterio de que no se intentara nada con esas maletas en el avión. Nosotros podemos jugárnosla. Los que nos rodean, no. Son personas a las que debemos defender, sin ponerlas en peligro. ¿De qué te sonríes?

El interrogado vaciló.

—Falta sólo un dato para que sepamos cuál es el juego de Philip. Las valijas lo facilitarán.

—¡Habla claro de una maldita vez!

—Me es imposible. El jefe me hizo prometerle que guardaría silencio.

—¿Por qué?

Arthur desvió sus ojos de los de Morelli, incapaz de resistir su mirada.

—No preguntes muchas cosas si no quieres que te digan mentiras. Me parece recordar que es un viejo refrán. ¿Sabes que empiezas a parecerte a Griffin en el trato? Cada uno cae en aquello que más crítica.

—¿Es otro adagio? —ironizó Edward.

—¡Sí! A los que entramos en el

F. B. I.,

por la cola de la promoción no nos dejáis los listos más que las frases hechas. ¡Mira! Hubo éxito.

El agente especial, en su uniforme de líneas aéreas, se dirigió a la cabina de mando del reactor, sin duda a transmitir un parte telegráfico en clave.

La dolorosa punzada en el estómago que experimentó Morelli desde que supo que iban a investigarse las maletas cesó, para dar paso a un creciente mal humor.

Apenas se tropezara con Griffin le diría...

El asombro le inmovilizó al ver levantarse a uno de los pasajeros situados en la parte delantera. Ya estaba sentado cuando él entró y hasta entonces no se había movido.

—¡Nicolae! —musitó volviéndose a Maloney—. ¿Sabías que iba a acompañarnos?

—Sí. No es de los que eluden los riesgos.

Morelli, resentido contra Arthur, se encerró en un silencio hosco, sin responder a ninguno de los comentarios que el joven hizo. El inspector, a los pocos minutos, regresó a su asiento, de donde ya no iba a moverse hasta que el aparato comenzó a deslizarse por la larga pista de cemento del aeropuerto de San Francisco, la que en pasadas épocas se denominó «la ciudad más corrompida del mundo».

Periodistas, hombres de negocios y miembros de las cámaras de comercio y de la industria del Estado acudieron a dar la bienvenida a Morelli, rodeándole, colmándole de agasajos.

Arthur Maloney se mantenía en segundo término, discreto en su papel de secretario particular.

A partir de entonces las cosas iban a transcurrir de forma vertiginosa para Edward, quien no se vio sólo ni un minuto. El alcalde le dio la bienvenida en el Ayuntamiento, concejales obsequiosos le mostraron el palacio municipal, tuvo que someterse a una rueda de prensa y, al fin, le condujeron al hotel Fairmont, diciéndole al retirarse:

—Dentro de una hora vendremos por usted para acompañarle al aula magna de la Universidad.

—Sí. Gracias. Necesitaré ese tiempo para cambiarme de ropa y echar un vistazo a los apuntes de mi conferencia.

Morelli se dejó caer, rendido, harto de protocolos, en uno de los divanes, bajo la burlona mirada de Maloney.

Estaba deshecho, no por el ir y venir, sino por la tensión de hallarse siempre a la expectativa para que ninguna de sus respuestas o actitudes desentonara en la conducta de un magnate de la industria. Había estudiado todas las contingencias, incluso las que pudieran plantearsele por los periodistas.

Se sentía satisfecho.

Olvidó por unos minutos la hostilidad que experimentaba hacia Arthur.

—Comprendo ahora por qué algunos famosos que dieron varias veces la vuelta al mundo preguntan si la India está al norte o al sur de Illinois. A propósito, ¿y la cartera con el texto de la conferencia?

—Se olvidó en Nueva York.

Edward saltó del asiento.

—¿Cómo...?

—Tranquilízate. Era una broma para un diagnóstico. ¡Eres tan irritable como al que criticas! ¡Le superas! A tu derecha, sobre la mesa, encontrarás el portafolio. ¿No te importa saber si llegaron todas las maletas?

Morelli enrojeció hasta la raíz del cabello. Hubo un momento en que se creyó auténtico protagonista de la farsa que representaba.

—Esperaba que me informases.

—¡No! Te olvidaste de ello.

—¡Revienta, por cien mil diablos! ¿Están o no están?

—Faltan. Debieron cogerlas en el aeródromo o en el vestíbulo del hotel.

—¿Debieron? ¿No vigilaste el equipaje?

—Para eso vino Nicolae Griffin desde Nueva York. No quiso encargarle a nadie ese trabajo.

Morelli fue a responder, pero no llegó a hacerlo. Sonó el teléfono. Maloney hizo una seña a Edward para que permaneciese quieto y tomó el audífono.

—Dígame... Soy su secretario particular y tengo órdenes severas de no molestarle. Prepara sus últimas notas para la conferencia... ¡Imposible, señor! Lo siento... —Colgó—. Era Philip Tuner.

—¿Por qué no me permitiste que hablara con él?

—Eres un hombre importante. Tiene que comprenderlo ese «gángster». Hay que afianzar tu fuerza. Para él y no para ti se montó un recibimiento que quizá no se hubiera dispensado al Presidente. En el club, según tu último informe, llegó a perderte el respeto. Haremos que le cueste ponerse en contacto contigo.

Para no admitir que la táctica era buena, Morelli, hosco, se dirigió a su alcoba...

Mientras leía las últimas páginas mecanografiadas de su conferencia, sin entender demasiado bien los conceptos, pero procurando que su dicción fuera perfecta, Edward miraba de vez en vez, en breves pausas, a la joven que, en primera fila, sonreía.

¡Era Sarah Burnett, la mujer a la que amó desesperadamente, a la que nunca pensó encontrar!

¿Le habría identificado bajo su disfraz?

Equivocó un concepto y otro después. Al rectificar, Morelli se dijo que necesitaba olvidarse de la presencia de Sarah al menos en los pocos minutos que faltaban para finalizar el acto.

Después...

Después, nada. Él era un italiano y...

Se concentró en su trabajo. Al terminarlo, una salva de aplausos atronó el gran auditorio de la Universidad.

De nuevo fotógrafos, reporteros, televisión, radio, personalidades... ¡Un torbellino! Un estrechar manos mecánicamente, un ver rostros desconocidos...

Todos los rostros desfilaron ante él, menos el de Sarah Burnett.

¿Qué hacía allí la muchacha? ¿Fue atraída por el nombre y el apellido, pese a que la publicidad del acto indicaba claramente su condición de industrial europeo? ¿Le reconoció?

Le hubiese gustado zafarse de tan estúpida admiración, pero le arrastraron a un banquete en un lujoso restaurante, cara al mar, discursos y al final pronunció unas palabras de gratitud manifestando su deseo de retirarse temprano para emprender a primeras horas de la mañana el regreso a Nueva York, a fin de resolver algunos asuntos y preparar la nueva conferencia que iba a pronunciar en Chicago tres fechas más tarde.

No había hecho sino terminar su breve discurso, cuando se inmovilizó.

Sonriente, una mujer se le aproximaba.

—¿Soy muy audaz si le manifiesto mi admiración, señor Morelli?

Repuesto de la sorpresa, Edward contestó:

—En absoluto. La vi en la Universidad, señorita... ¿Señorita o señora? Tampoco sé su nombre.

—Me llamo Sarah Burnett. Se parece usted mucho a un viejo amigo mío.

—¿Bailamos?

—Como guste, señor Morelli. ¡Voy a ser envidiada por no pocas damas de la buena sociedad de San Francisco!

Al estrechar entre sus brazos a la esbelta figura femenina,

Edward se estremeció, comprendiendo que no había conseguido olvidarla. Estaba seguro de que ella le conoció.

—No contestó a una de mis preguntas. ¿Soltera o casada?

—Soltera.

—¿Quién era ese amigo del que me habló?

—¡Oh, Edward! ¡No finjas conmigo!

—¡Sarah!

La oprimió más contra sí, sintiéndose dominado por una extraña emoción. Al girar, vio a Maloney en uno de los extremos de la pista de baile, con las manos crispadas, igual que garras, en el respaldo de una de las sillas y mortalmente pálido, mirándoles fijamente.

Le extrañó su actitud y...

—Te traigo un encargo de Philip Tuner.

Fue como un tremendo mazazo en el cerebro de Morelli.

—¿Qué tienes que ver con ese hombre?

Aguardó con avidez la respuesta.

—El me paga y yo le obedezco.

—¿En todo?

Dos sentimientos luchaban en el alma de Edward. Uno, el más importante, el que le angustiaba, la idea de la íntima convivencia de Sarah con aquel miserable. Otro, el riesgo que corría su misión si ella hablaba con Tuner, revelándole su verdadera personalidad de agente federal.

—Regento un club de su propiedad en San Francisco. Me unen a él relaciones comerciales.

—¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Necesita verte esta noche en el ochenta y ocho de la Avenida Turk. No importa la hora. Es un *cabaret*. Allí nos encontraremos de nuevo. ¿Por qué no te atreves a decírmelo?

—¿Qué?

—Si voy a denunciar la farsa que representas. ¡Hazlo!

—¡No!

—¡Un federal no puede permitirse el lujo de una delicadeza! ¡Es una máquina!

—¡Sarah!

—Te escribí una carta diciéndote dónde podíamos reunirnos. ¿Por qué no acudiste? Más tarde comprendí.

—¿Qué comprendiste?

—¿Puedo bailar yo ahora con la señorita?

Morelli midió a Arthur Maloney con la mirada. Fue a replicar en forma negativa, violentamente, pero el alcalde de San Francisco y su esposa se aproximaban.

—Sí —accedió, ronca la voz—. Me marchaba ya.

Cambió unas breves frases con la máxima autoridad municipal y en la inevitable compañía del presidente de las Cámaras de Comercio del Estado, en el coche oficial puesto a su disposición, se dirigió al hotel.

Se hubiera sorprendido de haber visto que la misma palidez y agitación observada en Arthur Maloney se reflejaba en el rostro de Sarah al bailar con el joven agente.

Morelli se esforzó en ser cordial en la despedida al que le acompañaba y una vez solo, sentándose, hundió la cabeza entre sus manos, desesperadamente.

Le costó dominar el confucionismo, la mezcla de alegría y desesperanza, de gozo y temor que le embargaba.

Se sorprendió bebiendo con avidez su tercer *whisky*.

Sarah Burnett le dijo que le había escrito una carta. ¡No desapareció de su vida como él pensara, sino que le tendió un puente por escrito para que lo recorriera, en busca de la felicidad! ¿Qué quiso decir Sarah con la frase «más tarde comprendí»?

Miró su cronómetro. Eran las doce y media de la noche. Pronto para acudir a la cita de la avenida Turk.

¿Por qué no ir dando un largo paseo? La idea le sedujo. Necesitaba terminar de serenarse.

Miró un plano de la ciudad. Estuvo años atrás dos veces en San Francisco, en rápidos viajes, y algunas de sus calles le eran familiares.

Se cambió de ropa, vistiendo un traje oscuro. La etiqueta quizá llamara la atención en el *cabaret* situado en una zona tétrica y algo desértica. Sitio ideal para un tugurio de la peor especie.

A la una y cuarto, con un cigarrillo encendido, salió, rechazando la obsequiosidad del empleado del hotel, que se ofrecía a sacarle el automóvil del garaje.

—Prefiero caminar. Gracias.

Anduvo despacio, con numerosas incógnitas sin resolver.

¿Hasta qué punto Sarah Burnett le debía absoluta fidelidad a

Tuner?

¿Cómo pudo la muchacha caer tan bajo?

¿También la tenía en su poder, igual que a Eva Legrand, por algún delito real o preparado?

Se notó invadido de una terrible cólera. ¡Aniquilaría a Philip aunque fuese lo último que hiciera en su vida!

¿Habría descubierto el «gángster» la manipulación en las maletas?

¿Por qué el inspector Griffin no se puso en contacto con él para notificarle sus descubrimientos? ¡Y aún Maloney se esforzaba en presentárselo como un hombre de buena fe, rígido pero honesto!

¡Maloney! No pudo acercársele en peor momento. Unos minutos más de baile con Sarah le hubiesen resuelto muchas cosas. ¡Ya le diría cuatro cosas fuertes!

En cuanto al déspota...

Le sorprendió una idea. Se estaba convirtiendo en un resentido, en un ser agrio, amargado.

Hasta entonces caminó como un autómatas. Se detuvo en los grandes jardines contiguos al hospital de la Marina. La soledad y el silencio eran absolutos.

Le pareció que una rama se rompía a su espalda y se volvió rápido, sin descubrir a nadie.

Tuvo la impresión de que corría un gravísimo peligro. Quizá ya no le era útil a Tuner y éste había lanzado sus gorilas contra él después de confiarle con la innecesaria cita que le transmitiera Sarah Burnett.

Sin armas, en plena noche y en un paraje solitario de la ciudad, se hallaba a merced de quien quisiera dispararle por la espalda.

Se mantuvo erguido, por orgullo.

¿Orgullo o deseo de que una bala le hiciera descansar para siempre?

El pensamiento le horrorizó. ¡La vida no le pertenecía!

Bordeó el Lago Mountain, alerta los sentidos, deteniéndose en zonas de umbría, sin descubrir a su perseguidor.

Tenía la certeza, sin embargo, de que el instinto no le engañaba, de que alguien iba detrás de sus pasos.

En Lake Street respiró con alivio al cruzarse con algunos noctámbulos, pocos.

Al internarse en la Avenida Parker se ocultó en el quicio de un portal, dispuesto a sorprender a su perseguidor, pero los pasos que se aproximaban se detuvieron también de pronto.

El silencio imperó de nuevo, en la gran ciudad desierta.

Transcurrieron los minutos.

El agente del

F. B. I.

Edward Morelli podía lanzarse al ataque. No el magnate de la industria italiana.

Continuó el camino, con una terrible opresión en la nuca, fruto de su inquietud.

Turk Avenue comenzaba sirviendo de separación a los cementerios Laurel Hill Calvary y Masónico, para prolongarse después en pequeños edificios, de poca alzada, ninguno de ellos superior a dos plantas.

Ante el número 88 se detuvo.

¿Qué iba a encontrar? ¿La muerte?

El club era semejante al de Nueva York. Una verja, un amplio jardín y una casa al fondo. ¡Juego y vicio al amparo de la Ley!

Dijo su nombre dos veces, en la puerta de acceso al parque y en la interior al edificio.

Le abrieron inmediatamente. Se le esperaba.

En el gran salón le pareció hallarse a muchas millas de allí. La presencia, al fondo, de Philip Tuner, John Dereck y Tim Lewis contribuía a darle la sensación de encontrarse en la sala en la que tuvo que golpear a Dimas Stern.

Sólo faltaba Eva Legrand para que el efecto fuese completo. En su lugar, mirándole, grave el rostro...

—¡Sarah Burnett! —masculló entre dientes.

Al pasar un camarero cerca tomó una copa de champaña y con ella en la diestra se aproximó a la mujer.

—Atendí su ruego.

—Gracias, señor Morelli. Celebro que lo hiciese.

—Bonitos cumplidos —ironizó a su espalda la voz de Tuner—. No fue ruego, sino una orden.

Por vez primera aquel tono le fue grato. ¡Sarah guardó el secreto! ¿Cómo pudo llegar a dudararlo?

Se volvió a Philip.

—¡Acabe pronto! ¡Me molestan sus modales!

Los dos hombres se retaron con la mirada.

—Vamos dentro, a mi despacho.

—¡Empieza a hartarme, Philip! ¡No se equivoque conmigo! ¡No soy uno de los muchos cobardes a los que extorsiona! ¡Pídame que pase por favor, o me marchó con todas sus consecuencias! ¡Me destruiré, pero le aseguro que yo voy a triturarlo también!

No le costó trabajo a Edward fingir indignación y entereza. Sabía que de nuevo pisaba terreno firme.

Grave el rostro, Tuner pidió:

—Se lo ruego, señor Morelli.

—Ya es otro cantar.

Anduvo por un estrecho pasillo para penetrar en un gabinete de trabajo, delante de Philip y de sus gorilas. Se acomodó en un butacón, oyendo a Tim Lewis a su espalda:

—¿Se lo domamos, jefe?

—No. Dejadme a solas con él.

—Bien. Estamos fuera, en el pasillo.

Edward, sin incorporarse, detuvo a Lewis con sus palabras:

—¡Eres un matón indecente! Llevo tiempo sin practicar en el gimnasio. Cuando quieras podemos vernos a solas, sin armas. ¡Te partiré uno a uno todos los huesos!

Tim fue a replicar, pero no llegó a hacerlo.

—¡Sal ahora mismo y en silencio! —le ordenó Tuner. Una vez que el «gángster» hubo obedecido, en compañía de Dereck, se disculpó—: Son hombres sin cerebro.

—¡Usted también se confundió conmigo, Philip!

—Sé rectificar mis errores. Jamás conocí a nadie de su talla.

—¿Pretende adularme?

—Quiero jugar limpio. Deseo que me lleve un maletín en el viaje de regreso.

—¿Con qué?

Philip hizo una estudiada pausa.

—¿De veras no sospecha cuál es la mercancía que transportó?

—No.

La respuesta no era totalmente cierta. Edward había meditado. Por ello, se sorprendió a medias al oír:

—Billetes falsos. Voy a utilizarle para hacer el reparto sin

peligro a todos los Estados donde usted pronuncie conferencias. Ese plan se me ocurrió al leer el reportaje periodístico sobre sus futuros desplazamientos. Los agentes del Tesoro me vigilan y no quiero que me cojan con la mercancía.

—Pensé que quizá se tratara de algo así. ¡Es muy peligroso lo que hace, Tuner!

—Lo que hacemos, Morelli.

—¿Me dará ahora lo que obtuvo en buena moneda?

—Exactamente. Cambio cinco a uno y me desentiendo. Trabajo con gente seria y cobro al contado.

—¿No le importará que lleve yo el dinero?

—Me importaría más que me cogieran con él. En los siguientes viajes no le acompañaré, para que no sospechen. Enviaré a hombres de mi plena confianza. Voy a darle cien mil dólares de los doscientos concertados para el final. ¡Quiero que le saque provecho a su trabajo!

—De acuerdo.

Tuner extrajo varios fajos de billetes de a cien, que puso sobre la mesa. Entregó uno a Edward.

—Véalos. No son falsos.

Morelli tomó lo que le entregaban.

—Eso imagino.

Un fogonazo le deslumbró, sobresaltándole. Tim Lewis entró en el despacho a través de una cortina lateral que enlazaba, Morelli pudo verlo, con un dormitorio. El «gángster» llevaba en su diestra una cámara fotográfica.

—La instantánea saldrá perfecta, jefe. Se ven sus manos y a nuestro distinguido huésped de cuerpo entero.

—¿Por qué lo hizo, Philip?

Había dureza en la pregunta. El aludido, glacial, repuso:

—Lo de esta noche completa mis pruebas contra usted, Morelli. Ya no le molestaré más. Le mandaré el maletín y su dinero en un sobre aparte a su nombre, lacrado y con carácter particular, para que nadie lo abra. Ahora, ahí fuera, diviértase si lo desea.

—¿Quién es la mujer que me dio su encargo? Parece inteligente.

—Lo es. ¿Le gusta?

—Sí.

—Me alegro. Olvidé decirle que ella irá en el avión de regreso.

Nosotros lo haremos en el siguiente vuelo.

—¿Está muy complicada?

Philip rió.

—Todos los que trabajan para mí me deben seguir libres. Es una técnica sin fallos. Ella es mi persona de confianza en San Francisco desde hace un año. Vivía con un fulano y apareció muerto. El individuo estaba a mis órdenes y me hice con Sarah. Oficialmente, le mató.

Las facciones de Morelli se endurecieron.

—Sólo oficialmente, ¿verdad?

—¡Qué importa eso! Es hermosa, hábil, y desea vivir bien, después de amargas experiencias. Extiendo mi radio de acción, con locales propios en todo el país. Dentro de un año, sin moverme de Nueva York, estaré presente en cualquier lugar, por alejado que sea.

Con la noche en el alma, meditativo, sin responder, Edward abandonó el despacho.

Vio a Sarah en uno de los laterales y no se detuvo. ¡Le ahogaban aquellas paredes!

Ya en la calle, en la ancha acera, miró en derredor. Apenas llegase a una zona más céntrica de la ciudad, tomaría un taxi y en su habitación del hotel...

No completó la idea de beberse una botella de *whisky* para ahogar en el alcohol su tremenda tristeza. Siempre le parecieron cobardes los que recurrían a paraísos artificiales.

Anduvo despacio, deteniéndose al oír el motor de un automóvil a su espalda. Tal vez fuera un vehículo de alquiler.

No era así. Se trataba de un coche negro, que se detuvo con un chirrido de frenos. La portezuela trasera se abrió y un hombre, provisto de una automática, saltó a la acera.

—¡Métase dentro y no haga tonterías! ¡Vamos!

Todo sucedió con tanta rapidez que Edward no tuvo tiempo de reaccionar. Como vacilara, el desconocido volvió a ordenarla:

—¡Obedezca, o le meto el cargador en el cuerpo!

No le quedaba otra alternativa. De llevar consigo su 38...

—¡Al suelo, Morelli!

Las palabras, cuya voz identificó, un disparo y el lanzarse a tierra, fueron acciones simultáneas, ocurridas en una fracción de segundo.

Mientras Edward caía, pudo ver desplomarse al que le amenazara con el arma y cómo el vehículo en el que iban los compañeros del que quiso capturarlo arrancaba a gran velocidad, perdiéndose en la distancia.

En pie de nuevo, Morelli respiró con alivio. Al ver acercársele a un hombre, su mandíbula se cuadró, en un gesto de agresividad.

—A sus órdenes, inspector —dijo.

—Celebro verle.

—¿Me siguió desde que abandoné el hotel?

—Sí. Temía que ocurriera algo semejante y quise protegerle. Bob Menzel y su pandilla están también en San Francisco. Persisten en su idea de apoderarse del lucrativo negocio de Tuner. Sin duda quisieron raptarlo para que hablase.

—Es posible. Gracias por su intervención. Quizá hubiera pasado un mal momento si no interviene.

—Sin quizá, agente Morelli. Sin quizá. Caminemos. Le informaré y me informará. Dejemos el cadáver para la Policía de San Francisco.

Los dos hombres se habían detenido debajo de una farola del alumbrado eléctrico.

Edward advirtió en la mirada de su jefe cansancio, hartura de vivir, desesperación...

V

PARA Morelli el vuelo a Nueva York fue una auténtica tortura.

Cuatro butacas delante de la suya se hallaba Sarah Burnett y a la derecha de la mujer cuatro sujetos de aspecto poco recomendable, uno de los cuales era Bob Menzel, el «gángster» rival de Philip Tuner.

Maloney, como en él se estaba haciendo costumbre, dormitaba.

Edward confió en poder acercarse a lo largo del vuelo a la muchacha. La presencia de Menzel se lo impidió. No quería que aquel indeseable relacionase a Sarah con Tuner.

Repasó en su cerebro, una y otra vez, las noticias que le diera Nicolae Griffin. Y tuvo que admitir, a su pesar, que el inspector había trabajado de forma efectiva, dando zancadas de gigante para la próxima captura de Philip y de quienes le secundaban.

¿Por qué no lanzarse ya al ataque?

A tal pregunta, su jefe le recomendó calma, ordenándole que siguiera sometido a Tuner. Le amplió instrucciones sobre su futura conducta. Como él frunció el ceño, le dijo:

—Lo que vamos a provocar me gusta tan poco como a usted, pero es necesario. ¡Hágalo!

Edward recordaba las palabras del inspector como si acabara de escucharlas.

De no haber hallado a Sarah, todo hubiese sido distinto. ¿Qué iba a ser de ella en un futuro?

—Así ocurrió. Tengo la certeza de que Bob Menzel quiso apoderarse de mí para que le dijese lo que ignora. Pude desembarazarme del que me encañonaba y salté la tapia del cementerio masónico, escapando entre las tumbas. En el avión...

—Lo conozco. Me informó Sarah. ¡Si ese individuo quiere guerra, la tendrá! ¿Sabe manejar un arma?

Morelli sonrió burlón.

—Mejor que los puños. El tiro es mi deporte favorito.

—Entonces, lleve siempre consigo esto —le entregó una automática de pequeño calibre— y no vacile en usarla contra los secuaces de Menzel. Son gente sin escrúpulos. ¿Qué más tiene que decirme?

—Se anticipó la conferencia a Chicago. Salgo esta noche para allá. Celebraré mañana en la mañana una reunión con los magnates de la industria automovilística del Estado y por la tarde será la conferencia. Horas después emprenderé el regreso.

Tuner no fue capaz de disimular su satisfacción.

—¡Estupendo! Me interesa acelerar los envíos.

—¿Vendrá también conmigo?

—Le esperaré allí, sin dejarme ver. Disfrutará da compañía femenina.

—¿Otra vez Sarah?

—Sí. La he reemplazado en San Francisco. Esa mujer me gusta. Voy a convertirla en mi persona de confianza.

—¿Porque tiene cerebro, o como un medio para conquistarla?

Philip hizo un gesto intraducible.

—Me gusta su sagacidad, Morelli. ¡Lástima que no se decida a quedarse en Nueva York! Ya que es uno de los reyes de la industria pesada italiana, le convertiría en rey de los bajos fondos del país.

—¡No me interesa la oferta! ¡Espero sus noticias!

—Las tendrá.

Edward abandonó el despacho del «gángster», satisfecho del sesgo del diálogo. En la puerta de acceso al salón destinado al público le aguardaba Eva Legrand.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Tu *whisky* favorito?

—No. Descorcha una botella de champaña. Esta noche quiero celebrar algo.

—¿Qué?

—Lo sabrás otro día.

El fin de Tuner se aproximaba y Morelli brindó íntimamente porque ello sucediera con la máxima rapidez, pidiendo al destino que le permitiera ocuparse de aquel cobarde.

Buscó en vano a Sarah Burnett. ¡Necesitaba hablar con la muchacha, ver la forma de librarla de un porvenir de trágica certidumbre!

—¿Bailamos, Edward?

La proximidad cálida de la mujer llevó hasta el cerebro del agente federal el recuerdo de algo que nunca debió suceder. ¡Estaba seguro de que no la amaba, de que sólo le ligó el instinto!

¿Cómo hacérselo saber sin terminar de hundirla? Intuía un sincero amor en Eva.

—Debo marcharme ya. Dentro de cuatro horas sale mi avión para Chicago.

—¿Llevarás más mercancía?

—Sí.

—¡Es peligroso! Pretextas cualquier enfermedad, cualquier ocupación urgente, y vuelves a Italia ¡Aléjate para siempre de Tuner o acabarás igual que Dimas Stern!

—Lo maté yo. ¿Lo olvidas?

—No. ¡Lo hizo Tim Lewis, afuera, de un golpe en la carótida!

Morelli inquirió:

—¿Le viste hacerlo?

—No. Sin embargo, sé que eso ocurrió. Yo te puse un narcótico en la copa y te llevaron al domicilio del médico para terminar de complicarte.

El agente del

F. B. I.,

quiso poner a prueba la fidelidad de Eva.

—¿Lo declararías ante un tribunal?

Ella se estremeció. El color desapareció de su cara. Repuso, poniendo en su voz trémolos de pánico y de firmeza.

—Por salvarte a ti, sí, aunque me asesinasen después.

Conmovido, Edward tomó las manos de la mujer entre las suyas.

—¡Eva! ¡Eres muy buena! Yo te prometo...

—¿Qué?

Morelli tragó saliva. El recuerdo de Griffin le asaltó. El inspector no era de los hombres capaces de alterar la verdad en favor de nadie.

—Haré lo posible por sacarte con bien de esto.

Eva Legrand inclinó la cabeza, triste la expresión:

—No me amas, ¿verdad? ¡Por favor, no me contestes! No debí preguntártelo. Las mujeres tenemos un instinto que no nos falla en cosas del corazón.

—Pero...

—¡Vete ya! ¡Te lo suplico!

Conmovido, Edward la besó en las mejillas.

—¡Volveré, Eva!

—¡No lo hagas! ¡Márchate ahora, que aún es tiempo! ¡Regresa a tu patria!

Los femeninos ojos estaban húmedos de lágrimas. Morelli se sintió terriblemente desdichado.

¿Iba a hacer la desgracia de la mujer?

Durante el trayecto hasta el Waldorf Astoria, se formuló una y otra vez idéntica pregunta.

En el vestíbulo del gran hotel neoyorquino, le entregaron un sobre.

—Es para usted, señor Morelli.

—Gracias.

En una hoja de block, arrancada precipitadamente, a juzgar por los desgarrones de la parte superior, leyó:

«Necesito hablarte. Te espero en el hotel Mark, habitación 112, cuarto piso, en First Avenue. Procura que nadie te siga».

No llevaba firma. No era necesario.

Edward miró su cronómetro. Aún disponía de hora y media antes de comenzar la ofensiva indirecta contra Tuner.

—Si pregunta alguien por mí, diga que regresaré pronto.

—Como mande, señor Morelli.

No quiso ir en su coche y subió a un vehículo de alquiler. Al advertir que otro automóvil arrancaba detrás del suyo, se preguntó quién iría en su interior. ¿Un agente federal para protegerle? ¿Hombres a las órdenes de Bob Menzel o secuaces de Philip?

Le costó más de treinta minutos dar esquinazo a quien le vigilaba, y para ello hubo de cambiar dos veces de vehículo e internarse en la Gran Central Terminal saliendo de la estación ferroviaria por la puerta de empleados.

Al fin, con el corazón latiéndole precipitadamente en el pecho,

penetró en el ascensor del hotel Marks, deteniéndose segundos más tarde cara a una puerta.

Fue a llamar, pero se detuvo. Hasta entonces le llevó allí un impulso no meditado. Los planes de su jefe, el déspota, eran perfectos. ¿Y si aquella visita los trastornaba? Se decidió. ¡Al diablo con Nicolae Griffin! ¡Él era un hombre, no un autómatas!, como le reprochara Sarah, en su breve diálogo en San Francisco, interrumpido por la inoportuna presencia de Arthur Maloney.

Tocó con suavidad y la hoja de madera se abrió casi en el acto. Sarah Burnett le sonrió con timidez.

—Pasa. Temí que no vinieras.

Obedeció, mientras oía cerrar a su espalda.

—Dispongo sólo de media hora —dijo.

—Bastará para lo que tengo que decirte. Siéntate.

—Estoy mejor así.

Se hizo un silencio largo. Ella, embutida en una bata blanca, que la llegaba hasta los pies, alargando su ya esbelta figura, estaba hermosísima. El cabello, suelto, le caía sobre los hombros, en leve cascada.

—¿Quieres un *whisky*? Siempre tengo tu marca favorita.

—¿También le gusta a Philip Tuner?

Ella no se desconcertó por la agresiva réplica.

—Es posible. No se lo he preguntado todavía.

—¿Piensas hacerlo?

—¡Quién sabe!

Si Morelli esperaba protestas de fidelidad o recuerdos sentimentales del pasado, se equivocó.

Sarah, con desenvoltura, vertió licor en dos vasos, entregando uno al que la miraba, hosco el semblante.

—¿Solo, como de costumbre?

—Sí. No soy de los hombres que cambian de preferencias.

—Nadie lo diría, a juzgar por tu silencio de años.

—¿El mío o el tuyo?

Se miraron. Edward dejó el vaso sobre la mesa de centro. No tenía ningún deseo de beber.

—¿Reanudamos nuestra conversación de San Francisco? —sugirió.

—A tu gusto. Para eso te llamé. Si te arrepientes de haber

venido...

Le señaló la puerta. Morelli no dudó.

—Estoy aquí, Sarah. ¡Debo decirte que no recibí ninguna carta, que llamé al teléfono de tu casa una y otra vez sin recibir más que una única respuesta!

—¿Cuál?

—«La señorita no está en la ciudad». Unas veces era voz de mujer; otras, de un hombre joven.

—Sí. Tal vez la criada y mi hermano.

—Nunca me hablaste de ese hermano... Bueno. Jamás te referiste a tu familia para nada, a no ser para decirme que tu padre se oponía a que nos casáramos.

—Es cierto.

—¿Adónde me mandaste esa carta?

—A tu casa.

—¿Por correo?

—No. Con la sirvienta a que me referí.

—¡No llegó a mis manos! ¡Te doy mi palabra de honor! Pregúntale qué hizo con ella.

—Murió a poco de abandonar yo Nueva York, obligada por mi padre, y con el pretexto de ampliar mis estudios en San Francisco. Te esperé allí meses, hasta convencerme de una terrible verdad.

—¿Qué verdad?

—La de que te interesaba más tu carrera que nuestro cariño.

—¡Las dos cosas no eran incompatibles!

Ella le miró con fijeza.

—¿Lo crees realmente?

—¡Claro que sí! —estalló Edward—. ¡Hablemos con sinceridad! Cuéntame del principio al fin lo ocurrido.

Desconcertada, Sarah asintió con el gesto y la palabra.

—Quizá sea lo mejor. Parece que lo confié todo a una carta que no te entregaron. Tuve yo la culpa por no sincerarme contigo desde el principio. Mi padre es...

Unos golpes en la puerta interrumpieron a la muchacha, que palideció.

—¡Escóndete! ¡Puede ser Tuner!

—Pregunta primero.

Sarah obedeció.

—Soy John Dereck. Traigo un encargo del jefe.

Morelli, situándose de forma que la hoja de madera al abrirse le ocultara, susurró a Sarah:

—¡Abre!

—Pero...

—No temas.

Una idea audaz acababa de cruzar como un relámpago la mente de Edward.

La mujer hizo lo que se le indicaba, apartándose para que el hombre de confianza de Tuner penetrara.

Apenas John estuvo dentro, la puerta se cerró de golpe, impulsada por Edward, y éste, pistola en mano, se encaró con el recién llegado.

—¡Hola, Dereck! No hagas ninguna tontería. El juguete puede dispararse. Por cierto, me lo dio Philip hace un rato para que me defendiese de mis enemigos. ¡Sería curioso que tú fueses la primera víctima!

EL «gángster», vencida la sorpresa inicial, sonrió con cinismo.

—Acuérdate de Dimas Stern.

—¿El médico al que liquidó Tim de un golpe en la carótida, en el jardín? Le tengo muy presente. ¡Vuélvete! ¡Vamos!

John obedeció, mascullando ininteligibles amenazas. Morelli, que no deseaba correr riesgos, le pegó en la cabeza con la culata de la pistola. El indeseable cayó al suelo, sin sentido.

—Dame una cuerda, Sarah.

Ella obedeció y un minuto más tarde Dereck, atado de pies y manos, yacía en un rincón.

Edward descolgó el audífono y puso en antecedentes a Nicolae Griffin de lo que acababa de hacer, terminando:

—No seré yo sólo el capturado por Menzel, sino también este individuo.

—Voy con Arthur para allá. ¡No se mueva!

Morelli colgó el auricular y, despacio, se volvió a Sarah Burnett.

—Disponemos de quince minutos antes de que el inspector llegue.

—¿Va a venir?

—En efecto. ¿Le conoces?

La respuesta paralizó el corazón de Edward.

Sarah Burnett, sin darle tiempo a que reaccionara, comenzó a revelarle hechos que le resultaron increíbles.

¡Ahora se explicaba muchas cosas, sin sentido hasta entonces!

El Destino había jugado cruel, absurdamente, con su felicidad. ¿Sería tiempo todavía?

Cuando ella hubo terminado de hablar, puso ambas manos sobre los femeninos hombros, acometido por una ternura infinita.

—¡Sarah! —musitó, atrayéndola hacia sí.

—¡Edward!

Se besaron, con timidez primero, con pasión incontenible después.

En uno de los laterales, John Dereck, que acababa de recobrar el conocimiento, contemplaba la escena con las pupilas desorbitadas por el asombro...

VI

—¡A_HORA!

La orden sonó como un trallazo en el silencio de la noche.

Philip Tuner, con una metralleta en la diestra, fue el primero en penetrar en un sórdido tugurio de Harlem, junto al río del mismo nombre, en la Calle 48.

Le acompañaban Tim Lewis y media docena de incondicionales, todos provistos de armas automáticas.

Un individuo, que se hallaba junto al mostrador en espera de la hora de cierre, ya muy próxima, les contempló igual que si se tratara de fantasmas.

—¡No te muevas! ¿Está Bob arriba?

—¡No vino esta noche!

—¡Mientes!

—¡Es la verdad!

—Lo comprobaremos. —Turner miró a tres hombres que dormitaban sus borracheras sobre los tableros de las sucias mesas. Se volvió a Tim—. ¡Sacadlos después de cercioraros de que no forman parte de la cuadrilla de Menzel!

Fue obedecido con rapidez.

Al fondo del local había una cortina, que daba acceso a las habitaciones interiores y a la escalera que enlazaba la taberna con los tres pisos que servían de cuartel general a la organización de Bob Menzel, verdadero rey del delito en Harlem, su zona de operaciones.

Señaló a dos de los que le acompañaban.

—Quedaos aquí. Los demás, ¡vamos adentro!

El registro no dio resultado. Ni uno solo de los «gangsters» de Menzel se hallaban en el edificio, hecho insólito que desconcertaba

a Tuner, quien, de regreso al establecimiento destinado al público, se encaró con el que temblaba de pánico detrás del mostrador.

—¿Qué ocurrió? ¡Vamos! ¡Habla!

Como el interrogado vacilara, Tuner le clavó el cañón de la metralleta en las costillas, en un golpe seco que hizo gemir al hombre de dolor.

—¡No lo sé!

—¡Te concedo cinco segundos!

La voz de Philip era fría, metálica. El tabernero tuvo la certeza de que no le amenazaba en vano. Conocía, además, la terrible reputación de Tuner y de su grupo.

—¡Le llamaron por teléfono! —balbució, trémulo—. ¡Salieron todos precipitadamente!

—¿Con armas?

—Sí. Debía ser importante. Menzel estaba nervioso. Se llevaron los tres coches que hay en el garaje del sótano. Yo no pertenezco a la organización. Fui uno de los suyos hasta que me dieron un balazo en una pierna, destrozándome el hueso y...

El aterrorizado individuo no terminó la frase. Philip, con un gesto de tremenda crueldad en sus facciones, hizo fuego. La ráfaga de proyectiles acribilló materialmente al que le había informado.

—¡Acabemos!

Varios «gangsters» arrojaron recipientes de plástico quebradizo. Un fuerte olor a gasolina se expandió en el aire.

Todos retrocedieron.

Tim Lewis, el último en retirarse, desde la puerta, lanzó una granada de mano, saliendo con rapidez segundos antes de que se produjera el estallido.

Desde los coches, en marcha, Tuner y los suyos pudieron ver cómo una gran llamarada indicaba el principio del fin de la guarida de Bob Menzel...

—¿No aprueba lo que hago, Morelli?

—¡Me extraña en un legalista como usted! ¡Las detonaciones que oímos acabaron, estoy seguro de ello, con la vida de alguien! Por otra parte, la casa arderá por completo.

—Sin peligro para las contiguas, aisladas por calles. Voy a mostrarle mi juego, aunque no es mi costumbre.

—¡Lo sé de sobra!

La réplica era un claro reproche, casi una acusación. Arthur Maloney, volviendo la cabeza, miró inquieto a los dos hombres. Quiso desviar el diálogo.

—Voy a llamar al servicio contra incendios. Quizá pueda salvarse parte del inmueble.

No obtuvo respuesta. Descolgó el teléfono, situado en uno de los laterales del salpicadero del vehículo, haciendo lo que acababa de indicar.

Griffin, pétreas las facciones, contemplaba las grandes llamaradas que surgían ya por todos los huecos del cuartel general de Menzel.

Morelli, junto a él, en el asiento posterior, le miraba con fijeza. ¡Ahora más que nunca pensaba que su jefe era un déspota! Debió haber nacido en Europa en la Edad Media.

Le sobresaltó la voz de Nicolae, ronca, sin inflexiones:

—Estudí el asunto con el fiscal del distrito. Examinamos hasta el último extremo la situación, comenzando por Dimas Stern, cuyo verdadero nombre es Heindrich Kurt, antiguo miembro de la Gestapo alemana. Hemos comprobado que al derrumbarse Hitler, ese individuo penetró en los Estados Unidos a través de Méjico, con documentos falsos. Especialista en idiomas, médico, pudo establecerse en Nueva York y pasar inadvertido en esta gigantesca colmena. Hablaba el inglés correctamente. Quizá tengamos a otros hombres así en el país.

El inspector hizo una pausa que Edward y Arthur respetaron.

—Ya está muerto. ¿Quién es su asesino? Tim Lewis, no Philip Tuner. Y habrá que probarlo. Frente a la declaración de Eva Legrand, que no fue testigo presencial, ese miserable sin conciencia aportará una serie de pruebas contra usted, Morelli, un hombre del F. B. I.

Tengo la certeza de que los que integren el jurado no las concederán crédito. ¡Son muy burdas! Sin embargo, provocarán una gran campaña de la Prensa sensacionalista, en particular de las cadenas informativas que abogan por que se reduzcan las atribuciones a los federales. Entre tal confusionismo, Tuner logrará exculparse y hasta es posible que Tim Lewis también. Eva Legrand será pulverizada por cualquier hábil defensor.

Nuevo silencio.

—Dimas Stern o Heindrich Kurt, como queramos llamarle, formaba parte de los servicios especiales nazis y a él se le encomendó en los últimos días de la guerra la custodia de planchas para la confección de billetes falsos. Se las trajo consigo. Sin duda aquí se envició con las drogas o ya lo estaba, lo mismo da. Acabó con sus reservas económicas y entonces se puso en contacto con Philip Tuner, quien vio un negocio rentable, de larga elaboración si deseaba realizarse sin fracasos. Imagino, y estos detalles importan poco, que Stern fue la cabeza visible, resolviendo los problemas de tintas, papel y hasta es posible que contratara uno o dos especialistas en tipografía. Tuner es muy cauto, un viejo zorro, y no habrá dado la cara en ningún momento. El club era el lugar de diarios contactos.

Griffin encendió, calmoso, un cigarrillo. Ordenaba sus ideas.

—El negocio prosperaba, superándose las dificultades. Estoy seguro de que si se realizó ya toda la tirada prevista de billetes, los que, como Dimas Stern, intervinieron, habrán muerto. Cualquier día aparecerán sus cadáveres en cualquier recodo del río o en una playa lejana, si los cuerpos fueron arrastrados por la corriente. De nuevo, sin testigos.

—¡Quedo yo! Las maletas, los contactos en San Francisco...

—No lo he olvidado. Serán testimonios sin el refrendo de nadie ajeno al Departamento. Los jurados son muy reacios a creer sólo lo que aporta la Policía. Dimas Stern, seguiremos llamándole así, no puede ni defenderse ni ser condenado. ¡Ya estará rindiendo cuentas a Dios! Todos los datos acusatorios se cargarán sobre él. Tuner, en el mejor de los casos, volverá a ser desterrado. Ninguno de sus cómplices vivos le delatará por miedo a las represalias. Hasta dudo que esa chica, Eva Legrand, se decida en último extremo a hacerlo. Si tenemos suerte, se condenará a Philip a unos años de cárcel. ¡Yo no quiero una sentencia leve!

Reflejaba tanta ferocidad la última frase, que Morelli, a su pesar, se estremeció.

—Es preciso provocarle, que se lance, como esta noche, a un camino de violencia, dejando de escudarse en sus hombres. Agentes de los servicios especiales, con cámaras adaptadas a luz negra, han retratado desde el edificio frontero el asalto al cuartel general de Bob Menzel. ¡Vamos a acumular pruebas contra él por delitos

comunes para el supuesto de que nos falle el tráfico de billetes falsos! Aplaudo su idea de capturar a John Dereck. Así le hicimos creer que usted y su lugarteniente fueron capturados por el grupo enemigo que le disputa el negocio. Las dos maletas con billetes, que debería haber transportado a Chicago, están en mi despacho. Contaba con lo que ha ocurrido. Tuner se dispone a exterminar a Menzel. El recado telefónico que le transmitió Maloney era convincente y lo creyó. ¡Qué lejos están ambos de imaginar la verdad!

Aspiró el humo del cigarrillo.

—No se me oculta que esta táctica producirá muertes entre las organizaciones criminales. Si logramos probarle un solo crimen a Philip, ¡se achicharrará en la silla eléctrica!

Morelli ironizó:

—Arthur, pese a ser el último de su promoción, fue un gran actor. Hasta casi yo llegué a creerle.

—Tenía a su favor el primer asalto de Bob, en el que murió uno de sus hombres. Ese canalla no ignora que si Dereck o usted fueran en realidad cautivos de su enemigo, les obligaría a confesar utilizando todos los medios. Y ello significa el fin de su negocio o un pacto peligroso. El rencor les ciega a los dos. Philip no puso en duda su captura y la de Dereck. Menzel también creyó en la posibilidad de hacerse con las planchas y con millones de dólares en billetes en los sótanos del club. Fue fácil con otro engaño telefónico. Sacamos de su guarida a Bob y a todos los hombres de que pudo disponer. Lo de la casa de juego de Philip habrá sido o estará siendo cruento, ya que Tuner no dejó aquello sin defensa. Arthur, vamos para allá. Usted, Morelli...

—¡No me deje fuera!

—Puede acompañarnos, pero sin abandonar el coche, a no ser que yo se lo mande. Es preciso que Philip siga creyendo que es Menzel quien le tiene preso, igual que a Dereck.

—De acuerdo.

El vehículo, diestramente conducido por Arthur, se dirigió al club que sirvió a Edward de trampolín para investigar las actividades delictivas de Tuner.

El inspector Griffin habló de nuevo:

—Su llegada a Nueva York, la publicidad que se le hizo, su

intimidad con Eva Legrand, a la que si puedo intentaré dejar fuera de todo esto, sin que mis palabras signifiquen una promesa, dieron a Tuner la idea de utilizarle como mensajero, sin correr el menor riesgo. La suerte nos ayudó. Ignorábamos lo de la falsificación y quizá lo hubiésemos averiguado excesivamente tarde, después de que los billetes circularon por el país. Los de San Francisco obran ya en poder de nuestra oficina federal. Se detuvo a todos los sospechosos, a los que se mantiene incomunicados, para que la noticia no llegue a Philip. Sin embargo, él lo sabrá tarde o temprano. Por eso es preciso que aceleremos nuestro trabajo hasta el máximo.

—¿Y si Menzel, en realidad, hubiera encontrado las planchas en el club?

Nicolae miró a Edward.

—No me considere tan ingenuo. En ausencia de Tuner y de sus lugartenientes, dos de nuestros mejores agentes hicieron un registro de la casa, sin ser descubiertos. Allí no hay ni rastros de falsificación. ¿Dónde oculta lo que nos interesa? Confío en que él nos lo diga con su conducta. Esto es todo.

—Falta algo que importa más. ¿Y Sarah?

—¡No la mencione!

—¡Lo haré tantas veces como se me antoje! Considero que...

Arthur Maloney, que no apartaba su vista del camino que recorría, intervino:

—¡Yo también tengo algo que decir sobre eso! Ha sido una víctima de todos nosotros y...

—¡Calle, agente Maloney! ¡No mezclemos los problemas sentimentales con cuestiones del servicio!

—¡No! Llevo poco tiempo a tus órdenes, pero comprendo bien por qué los muchachos te llaman déspota.

—¡Te formaré un expediente y...!

—No es necesario que me amenaces. Encontré hasta lógico, ¡ingenuo de mí!, que nos tratáramos de usted en nuestro trabajo. ¡Tú nos adoptaste por deseo de tu mujer! Éramos unos niños y fuisteis nuestros verdaderos padres. Ella murió, y sin darte cuenta te convertiste en una máquina. No nos faltó nada en el orden material, pero no tuvimos ternura. ¡Te amargó sentirte solo! Conviene que oigas nuestra verdad. Me hiciste cómplice de la desgracia de Sarah.

Me consideré incapaz de negarme a lo que me pediste y respondí una y otra vez a las llamadas de teléfono de Edward, negándome a facilitar su dirección. Ordenaste a la que nos servía que procediese lo mismo y, además, le arrebataste la carta dirigida a Morelli, rompiéndola delante de mí, con terrible ira. ¿Cómo podía explicarse, con tu rígida mentalidad, que dos muchachos a los que sacaste de un orfanato tuviesen corazón y desearan su felicidad?

Edward, que observaba a Nicolae Griffin, le vio inclinar la cabeza con pesadumbre. Arthur prosiguió:

—Ahora va a saber Morelli por qué fui el último de la promoción. ¡Te lo debo a ti, profesor en la Academia! Me diste la nota más baja, mínima, para que aprobara, pidiendo a alguno de tus compañeros que lo hiciese también, a fin de que nadie pudiera pensar en favoritismos. ¡Y eso no fue justo! No me opuse. Jamás me he opuesto a ti, porque sé que sin tu adopción quizá yo estuviera ahora, pistola en mano, en cualquiera de los grupos de Menzel o de Tuner. La justicia es dar a cada uno lo que le corresponde, sin pensar en otras circunstancias. A mí me interesaba ser agente federal y no me preocupó el puesto que ocupara en los exámenes finales.

¡Nunca te lo hubiera reprochado! Lo de Sarah fue más cruel. Quizá si se pone en la balanza lo que te debe como padre adoptivo y el daño que recibió, pese más lo segundo.

—¡Yo os quise siempre, Arthur!

Más que una protesta fue una queja.

—Sí. No lo dudo; pero por encima de tu cariño estuvo siempre tu autoridad, tu omnipotencia. ¡Tienes el cerebro cuadriculado! ¿Nunca sospechaste la razón por la que Sarah no te habló de su familia, Edward?

—No.

—Era muy joven y se avergonzaba de su origen. Yo también pasé esa crisis. El apellido Griffin no es el de ella ni el mío, porque nuestros verdaderos padres nos dejaron en el orfanato después de reconocernos. Adoptaste primero un varón, pese a que tu mujer deseaba una niña. Dos años después, cediste.

Maloney guardó silencio. Su voz se había quebrado. El vehículo se aproximaba con rapidez a su punto de destino.

Morelli no quiso hacer comentarios. Muchas de las cosas que

acababa de escuchar las conocía por su diálogo con Sarah en la habitación del hotel, después de la captura de John Dereck. La muchacha no pudo o no quiso decirle las congojas de su corazón.

Ella pensó que habiendo averiguado Edward la verdad sobre su nacimiento y la personalidad del que la adoptó, tuvo miedo de enfrentársele.

¿Era tarde para rehacer sus vidas?

Edward se dijo que no. Conocía un secreto que prometió guardar a Sarah.

Le angustiaba el dolor de Maloney.

A unas cien yardas del club, Arthur disminuyó la marcha. Había numerosos coches de la Metropolitana en las inmediaciones, así como ambulancia. Una espesa columna de humo se alzaba en la noche.

Vieron varios vehículos del servicio de incendios.

—¡Los dos actúan con idénticos métodos! Súbase el cuello de la chaqueta, Morelli; quítese las gafas y eche sobre el rostro el ala del sombrero. Necesito que entre conmigo. Procure situarse siempre lejos de los grupos, en zonas de sombra. ¡Usted conoce ese tugurio mejor que nadie!

Los tres hombres, apeándose, se aproximaron a un oficial de la Metropolitana. Edward quedó en segundo término, junto a la verja.

—¿Qué ocurrió, teniente?

El aludido se volvió, identificando al que le interrogaba.

—Hubo una gran matanza. Hombres de Tuner y de Menzel. Siete muertos. Ni un solo herido. Sin duda, según costumbre, los remataron sus propios compañeros para que no hablasen. Olvidaba a la chica. Agoniza. Tres balas le atravesaron el pulmón derecho. No se salvará.

Edward, al oír tales palabras, caminó con rapidez en dirección al edificio. El siniestro había sido sofocado. Sólo quedaban unos rescoldos en los sótanos, que ahogaban las mangas de los bomberos con sus torrentes de agua y espuma, provocando la humareda.

Su presentimiento se confirmó. Eva Legrand estaba echada sobre uno de los divanes de la gran sala de juego, con el pecho cubierto de sangre y una extrema palidez en el rostro.

Al ver a Morelli quiso sonreír, pero sus facciones se contrajeron en una fúe mueca.

—¡Edward!

—¡Hola, Eva!

—Ya no me importa morir, teniéndote a mi lado. Los hombres de Menzel entraron disparando y...

Un golpe de tos la interrumpió. El joven la acarició ambas manos.

—No hables. Te perjudicas. No seas pesimista. Curarás.

Ella negó con un hilo de voz:

—No necesitas engañarme. Quizá sea mejor así. ¡Te quise con toda mi alma! ¡Aléjate de Tuner o terminarás como yo! Ese hombre es un miserable.

Una voz a espaldas de Morelli se dejó oír:

—Señorita, ¿quiere colaborar con la Justicia?

Acaba de llegar el juez.

—Escucharíamos su declaración contra el dueño del club. Interesa que se sepa la verdad del asesinato de Dimas Stern.

—Sí. ¡Edward no lo hizo! ¡Debe demostrarse su inocencia! ¡Hagámoslo pronto o no habrá tiempo!

—¡Eva! No te preocupes por mí. Yo...

De nuevo intervino Nicolae Griffin, interrumpiendo a Morelli. Junto a él, dos hombres, uno de ellos el juez; el otro, un oficial del Juzgado, dispuesto a escribir lo que refiriera la moribunda.

—Díganos lo que sepa de Tuner, de sus actividades delictivas, de sus crímenes. Impídale que haga más daño.

Nicolae Griffin y quienes contemplaban a la mujer tuvieron miedo de que no pudiese pronunciar ni una sola palabra, tan agitada era su respiración. Un hilo de sangre se deslizaba por entre sus labios, entreabiertos.

Eva Legrand se refirió en primer término a la muerte de Dimas Stern. Intuía su rápido final y le interesaba esa verdad la primera de todas. Después refirió hechos del máximo interés sobre la conducta de Philip, Lewis y Dereck.

Mientras hablaba oprimía con fuerza, como aferrándose a la vida, las manos de Edward, al que miraba intensamente.

Sus frases eran entrecortadas, pero muy valiosas.

—Eso es todo... ¡Me ahogo!

—¿Puede firmar? ¡Es importante que lo haga!

—Lo... inten... ta... ré...

El inspector, con una delicadeza de la que nadie le creía capaz, incorporó a Eva levemente, a fin de que pudiese estampar su rúbrica. Una vez que lo hubo hecho, volvió a hacerla descender.

—Gracias —dijo, conmovido—. Acaba de prestar un gran servicio a la patria. Me conmueve su situación. Yo también tengo una hija como usted.

Las últimas palabras de Nicolae casi no fueron perceptibles, trémulas de emoción.

Morelli dejó de mirar a Eva para hacerlo a su jefe. En esa fracción de segundo notó que las manos de la moribunda no presionaban las suyas y comprendió la terrible realidad.

—Ha muerto —musitó.

Con infinita ternura puso sus labios sobre la frente de la mujer, cerrando después sus ojos.

Hasta entonces estuvo arrodillado. Se puso en pie. Notó una mano afectuosa sobre su hombro. Al volverse, Arthur Maloney le dijo:

—Salgamos afuera. Nada nos queda que hacer aquí. Los miembros de los servicios especiales realizan un completo registro en compañía del juez. ¡Pobre muchacha!

Edward se dejó conducir al exterior. Su pena, su congoja, se tradujo en cólera.

—¡Mataré a Tuner! ¡Debo hallarle!

—Tranquilízate. No escapará. Sólo la declaración de esa chica bastaría para llevarle a la silla eléctrica o, cuando menos, para que se pudriera en presidio el resto de sus días, y hay más cosas contra él. Vamos.

Maloney le había tomado con firmeza del brazo.

Morelli, como un autómatas, penetró en el automóvil.

—Esperaremos aquí al inspector. Los siguientes pasos de Philip serán decisivos si sabemos provocarlos.

Recostado en el asiento posterior del vehículo, Edward no contestó. Las circunstancias hicieron que un mero problema de investigación, uno más a lo largo de su carrera, tuviese tremendas implicaciones sentimentales.

Tuvo el deseo de referirle a Arthur la última parte de su diálogo con Sarah, su hermanastra. No lo hizo. Ella le exigió su promesa de guardar silencio.

—¿Sabrá ya Philip lo sucedido en el club?

—Es seguro que sí. Algunos de sus hombres escaparon de la matanza, al igual que las mujeres que se ocupaban de cazar incautos para llevarlos a las mesas de juego. Quizá su automóvil pasó de largo por la calle, sin detenerse, o dio la vuelta al ver la nube de coches policíacos y la humareda, comprendiendo lo que pasaba.

—Nos los hubiéramos encontrado en el camino —sugirió Morelli.

—Vinimos dando un largo rodeo, a fin de evitarlo —fue la pronta réplica de Maloney—. Además, reduje la marcha para que pudiésemos aclarar posiciones personales.

—Comprendo.

Callaron.

Nada tenían ya que decirse.

Tan abstraídos estaban en sus pensamientos, que les sobresaltó oír abrirse la portezuela lateral del vehículo.

—Vamos a Jefatura. Necesitaremos que John Dereck colabore.

—¿Lo hará? —dudó Arthur.

—¡Yo me encargaré de él! —repuso Morelli, ferozmente.

VII

EO fue sencillo conseguirlo.

El inspector y Maloney dejaron a Edward con el lugarteniente de Philip Tuner, en la sala de interrogatorios.

Amenazas.

La verdadera personalidad del que creyeron un hombre dominado por el chantaje.

La certeza de que todo estaba perdido.

La declaración de Eva Legrand.

Y...

Morelli obtuvo al fin lo que deseaba.

La entereza de John Dereck se derrumbó después de dos horas largas de resistencia. En el fondo, como todos los fuera de la ley, era un cobarde.

Su llamada desde el despacho de Nicolae Griffin iba a ser el principio del fin de Tuner. Dereck leyó lo que el inspector escribiera en un folio. Su voz entrecortada daba verosimilitud a sus palabras.

—¡Conseguí escapar, jefe! Me hirieron en el hombro izquierdo durante la fuga y me escondo en una taberna de la Calle Ciento Cuarenta y Cinco, junto a Colonial Park. Menzel y los suyos están afuera. ¡Entrarán por mí! ¡Necesito ayuda! De paso, podrá acabar con esos canallas. ¡Dese prisa! ¡No me arrancaron ni una sola palabra!

—¿Y Edward Morelli?

—No sé dónde está. Nos separaron y...

La diestra de Griffin se posó sobre la horquilla del teléfono, cortando la comunicación.

Lo más positivo de lo conseguido, aunque Philip no cayera en la trampa, era saber el domicilio particular del dueño del club,

ignorado por todos.

—Bien, Dereck. Ahora ponte al habla con Menzel. Sus señas sí las conocemos. Yo marcaré el número.

Lo hizo, entregando el audífono, al que esperó en silencio hasta oír una voz bronca al otro extremo del hilo.

—¿Quién es?

—¡Necesito hablar con Bob! ¡Es urgente!

Hubo una vacilación al otro lado del hilo.

—Deje el recado.

—¡Habla John Dereck! Dígale que se ponga.

Griffin, Maloney y Morelli se hallaban tranquilos, en la certeza de que el «gángster», por deseo de venganza, no les traicionaría.

Escuchaban el diálogo a través de un amplificador.

—¡Soy Menzel! ¿Qué ocurre?

—A Philip le busca el

F. B. I.,

por falsificación de moneda y también por el asesinato de Dimas Stern, cuyo verdadero nombre era Heindrich Kurt, el nazi que trajo las planchas desde Alemania. ¡Necesito ayuda! Todos los enlaces de nuestra organización están siendo detenidos o lo serán dentro de poco. Sé dónde se encuentran miles de billetes y los grabados para confeccionar más. Yo no puedo ir por ellos. Tú, sí. Hay hombres de Tuner.

—¡Es una trampa muy burda! ¿Cuántos vigilan eso?

—Tres o cuatro. Lo ignoro. Quizá Philip mismo acuda para llevarse lo que le sea posible. Necesito dinero y un pasaporte falso para escapar. ¡Tú puedes conseguírmelo a cambio de mi información! Nadie te acosa a no ser el propio Tuner, y ya no está en condiciones de hacer daño.

—¿Formabas parte de la incursión de hace unas horas en mi cuartel general?

—Sí. Deseaba eliminarte. Tu presencia en San Francisco le puso nervioso. Aseguró que quisiste apoderarte de Edward Morelli. ¿Es cierto?

—Lo es. ¡Dame las señas!

Nicolae Griffin, con el gesto, recomendó calma a Dereck, quien comprendió.

—¡Necesito la seguridad de que no me traicionarás, de que

obtendré lo que te pido!

—Si no me engañas, podrás, incluso, pasar a mi organización. Te esconderíamos durante una temporada. ¡Tienes mi palabra!

De nuevo, con el gesto, el inspector obligó a hacer una pausa a John.

—¿La cumplirás?

—¡Yo no te llamé! Te advierto que no termino de confiarme. Me asaltan, cuando menos, las mismas dudas que a ti. ¡Decídetelo!

Una vez más, Nicolae levantó ambas manos. Después inclinó la cabeza para que Dereck aceptara, lo que hizo.

—Si eres inteligente, Menzel, no acabarás conmigo. Conozco muchas ramificaciones del negocio de Tuner. ¡Puedo serte de gran utilidad, ayudar a que controles su zona, ampliando tu radio de acción!

—Jugaré limpio. ¡Hazlo tú también o te pesará! Dame las señas.

—Doscientos doce de la Calle Ciento Cuarenta y Cinco, frente al Colonial Park. Es una taberna. El taller de imprenta se encuentra en el sótano. Se llega a él a través del establecimiento, por una puerta situada junto al mostrador.

—¡Llámame de nuevo dentro de dos horas! ¿Dónde estás?

Esta vez no hizo falta que Griffin recomendara una pausa a Dereck. Su vacilación fue real.

Nicolae escribió con rapidez unas señas en una hoja del block, entregándosela al «gángster», quien las repitió en alta voz, colgando seguidamente.

—¡Ahí se encuentra Sarah! —exclamó Morelli.

—Sí. Vaya a protegerla, aunque no corre ningún peligro por parte de Tuner. Cabe la posibilidad de que Menzel envíe a alguno de sus gorilas en busca de Dereck, lo que no es muy probable. Acompaña a Edward, hijo.

Maloney sonrió al oírse llamar así.

—Quisiera ocuparme sólo de esto.

—Lo comprendo, Morelli; pero no debemos correr riesgos. ¡Es la seguridad de Sarah la que nos jugamos! Yo me encargaré de lo demás. ¡Vamos! No podemos perder tiempo. La red está tendida. Veamos qué peces caen en ella. ¿Sin rencores, Edward?

Era la segunda vez que el inspector prescindía del apellido. Tendió su diestra. Morelli, estrechándosela con fuerza, dijo:

—Gracias. ¡Vamos, Arthur!

Salieron rápidamente y en un coche oficial se dirigieron al encuentro de Sarah Burnett. Edward se apeó ante la puerta del hotel, recomendando a Maloney:

—Deja el automóvil varias manzanas más allá. No conviene que lo identifiquen. Di tu nombre cuando lllames.

—Bien.

Morelli no tardó en tocar con los nudillos en la hoja de madera, que se abrió casi en el acto.

—Hola, Edward. Te esperaba.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Se besaron, olvidándose de que la puerta quedaba entornada a su espalda. Una voz burlona les hizo comprender, tarde, su descuido.

—¡Enternecedora escena! ¡Quietos los dos! Levanta los brazos, Morelli.

El agente del

F. B. I.,

obedeció. No le quedaba otro remedio. Además, no quería que un proyectil pudiese herir a Sarah.

Oyó el ruido de la llave al dar dos vueltas en la cerradura. Inquirió:

—¿Puedo volverme, Tuner?

—Todavía no. Espera.

Le arrebató el Colt 38 que llevaba en la funda sobaquera, registrándole hasta convencerse de que no llevaba ninguna otra arma oculta.

—Ahora me gustaría verte la cara. ¿Tú también escapaste de las garras de Menzel, como John Dereck?

—¿Me creerás si te digo que sí?

—¡No! ¡Claro que no! ¿Te pusiste de acuerdo con Bob para quedarte con todo? ¿Hasta con Sarah?

Edward respiró con alivio. Temió en principio que por cualquier método Philip hubiese descubierto su identidad de federal.

Tuner, sin saberlo, le daba la salida para una explicación lógica.

—Eres muy listo. ¡Debí adivinar que no sería fácil engañarte!

—¿Estás de acuerdo con Dereck?

El cerebro del agente del
F. B. I.,
trabajaba vertiginosamente.

—Sí. Él te llamó, tendiéndote una trampa. Hizo una segunda llamada a los federales.

—Lo adiviné. Por eso vine aquí. Os agradezco el que me hayáis facilitado un medio para librarme de mis muchachos. Ni uno solo se rendirá. ¡Morirán luchando! ¡Ya no los necesitaba! Abajo, en el coche, llevo mucho dinero, Sarah. También las planchas de las falsificaciones. Escaparemos rumbo al Canadá para pasar después a cualquier país de la América Latina.

—¿Escaparemos? ¿Yo también? —inquirió Edward.

—Tú morirás. Me refería a Sarah y a mí..., a no ser que, románticamente, prefiera una bala en el corazón. Si miras la pistola, lleva puesto un silenciador. Nadie oirá los disparos.

—Pensaste en todo, según veo.

—¡Yo nunca fallo!

Había un tremendo orgullo en Tuner. Morelli se anticipó a una posible respuesta, irremediable, de la muchacha, que le miraba con angustia.

—Sarah es lista y preferirá la riqueza a que la entierren a mi lado. ¿No es así?

La interrogada no contestó. Aun comprendiendo lo que guiaba a Edward, le repugnaba afirmar.

—¡Espero tu respuesta! —apremió Tuner.

Sarah se mordió los labios, muy pálida.

—¡Iré contigo! ¡Quiero vivir!

—Entonces..., asunto concluido. Mete lo más imprescindible en una maleta. Tienes dos minutos. Cuando salgas, él no vivirá y...

—¡Abre, Morelli! Soy yo.

Edward y Philip se sobresaltaron, por distinto motivo. Un brillo de júbilo iluminó las facciones de la muchacha. En un segundo se tornó en inquietud.

—Hazlo, Sarah. ¡No vacilaré en matarte si no me obedeces!

Ella fue hacia la puerta, hizo girar la llave y la abrió de pronto. En vez de apartarse para que Maloney entrara, saltó sobre él, empujándole con violencia hacia el exterior, a la par que gritaba:

—¡Cuidado, Arthur! ¡Está Tuner dentro!

Philip hizo fuego una sola vez contra la joven. Fue a oprimir el gatillo de nuevo, pero Edward se abalanzó sobre el «gángster», aferrándole la muñeca armada.

—¡Cobarde!

Forcejearon unos segundos. Los dedos de Morelli, como tenazas, oprimían el brazo de su enemigo, retorciéndoselo a la espalda.

Juntos los rostros, se contemplaron con odio.

—¡Maldito traidor! —barbotó Philip.

—¡No lo sabes tú bien! ¡Soy agente del

F. B. I.!

¡Acabó para siempre tu cadena de crímenes!

Tuner, desconcertado, atónito, tuvo un segundo de vacilación que fue aprovechado por Edward para arrebatarle el arma.

Se la guardó en el bolsillo lateral de la americana y dijo con ferocidad:

—¡Ahora no hay ventajas!

El puño derecho de Morelli fue impulsado hacia adelante, con increíble fuerza. Philip, alcanzado en el mentón, retrocedió unas yardas, para caer aparatosamente al suelo.

Iba Edward a saltar sobre su enemigo, dispuesto a destrozarle a golpes, cuando Maloney se interpuso:

—¡Déjale! ¡Ya le tenemos!

El joven esposó al miserable, que, medio aturdido, se incorporó.

—¿Y Sarah? —preguntó Morelli.

—Aquí estoy. Por fortuna, perdí el equilibrio al empujar a Arthur y el proyectil se perdió alto.

—Fuiste muy valerosa, hermana.

—Era nuestra única oportunidad.

—¿Nuestra? —intervino Tuner—. ¡Yo me ocuparé de que te encierren en la cárcel o te sienten en la silla eléctrica! Poseo pruebas de que asesinaste a...

—¿A Richard Poggi, en San Francisco? ¡No seas ingenuo! Ese hombre, al que mató John Dereck, era un informador que se hacía pasar por mi amante y que pudo ingresar en tu organización. Soy agente femenino de la Metropolitana desde hace tres años. Perdona, hermano, por no habértelo dicho. Guardé el secreto porque no quería que ni tú ni papá supieseis de mí. Imagino lo que habréis pasado los dos al crearme cómplice de ese miserable —señaló a

Philip—, pero quise vengarme.

—¿Los dos? ¿Edward no?

—A él se lo revelé, pidiéndole que callara.

Tuner escuchaba el diálogo con estupor, comprendiendo que nada sería capaz de salvarle...

VIII

EL éxito fue completo. En el domicilio de Philip encontramos la imprenta clandestina y una serie de datos que nos permitirán desarticular su organización criminal. En el portaequipajes del coche se hallaban las planchas y el resto de los billetes impresos. ¡Ni uno solo circuló! ¡Debo felicitarle, agente Morelli! El éxito le corresponde en su mayor parte.

—Gracias —fue la seca respuesta de Edward.

El inspector Griffin miró a sus hijos adoptivos.

—Espero que en lo sucesivo nadie me llame déspota. Reconozco que lo fui, amargado por la muerte de mi esposa, a la que amaba ciegamente. No me opondré, Sarah, a nada de lo que desees sobre tu futuro. Admito mis culpas. A Morelli le traté mal, pese a reconocer su valía, por considerarle culpable de que no quisieras volver a casa. En cierto modo renegaste de mí. No es un reproche. ¡Ah, Edward! La matanza entre los hombres de Menzel, al que capturamos también, y los de Tuner, capitaneados por Tim Lewis, que murió en la lucha, fue terrible. No pudimos practicar ninguna detención. Vámonos, Arthur. Ellos querrán estar solos.

Nicolae se puso en pie, siendo imitado por Maloney. Sarah, con sencillez, besó a Griffin en la frente.

—Olvidaremos el ayer. Seremos en lo sucesivo una familia unida. ¿No te parece, Edward?

—Lo que tú desees.

Morelli estrechó la diestra de su jefe, el déspota domesticado, que le sonreía con afecto.

Después, a solas con la mujer que amaba, dijo, si estrecharla entre sus brazos:

—Nos casaremos mañana mismo, Sarah. ¡Soy el hombre más

feliz de la tierra!

Ella no pudo responder. Los labios del hombre se lo impidieron...

FIN

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Asesinos eléctricos

MORTIMER CODY

Joan, la hermosa mujer de los grandes ojos negros y el cabello suelto y liso, sonrió y dijo:

—Ahora, Jerry, vas a morir. No puedo perdonarte.

—Pero..., ¿qué haces...?

—Una última caricia, antes de que mueras...

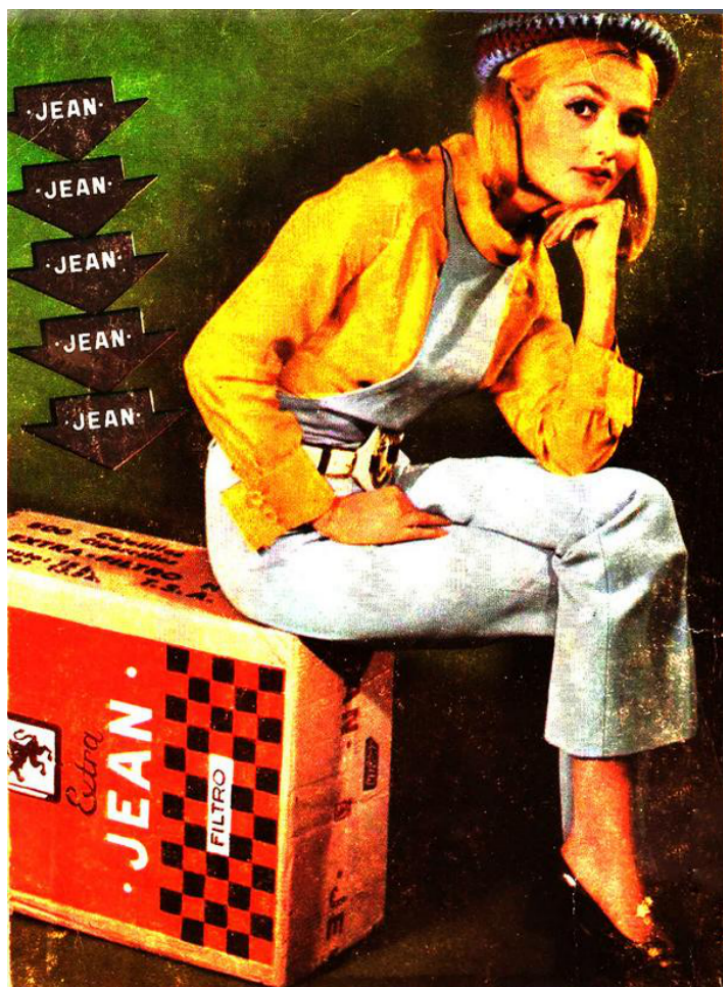
Llegó la caricia. Un hombre, Jerry Norweck, pronto, quedó fulminado. Cayó al suelo, resbalando desde el sofá. Joan ni siquiera le miraba; ella sólo tenía ojos para su mano izquierda, para aquellos deditos sonrosados, finos... Luego, Joan se puso el guante.

—Ahora, Jerry, ya no me importa que no me ames—musitó—. El amor de los muertos nada significa. Adiós, querido.

Se puso en pie. Miró en torno, en busca de alguna huella... Nada; ninguna. Perfecto entonces.

Un minuto más tarde, salió del piso, y ya en la calle, caminó con absoluta tranquilidad hacia su coche, estacionado no lejos de allí. Ni siquiera pensaba ya en su víctima. No era su primer crimen, ni tal vez, el último. Tal vez, sí, aún se cometieran más ASESINATOS ELECTRICOS.

F.B.I. 920-4





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 • Madrid-5

10
Ptas.

